

CORRESPONDENCIA

KOTTAR (Indostán)

Misiones carmelitanas de Malabar

De una carta del R. P. Fr. Ubaldo María, misionero carmelita, fechada el 12 de Diciembre último, extractamos lo que sigue:

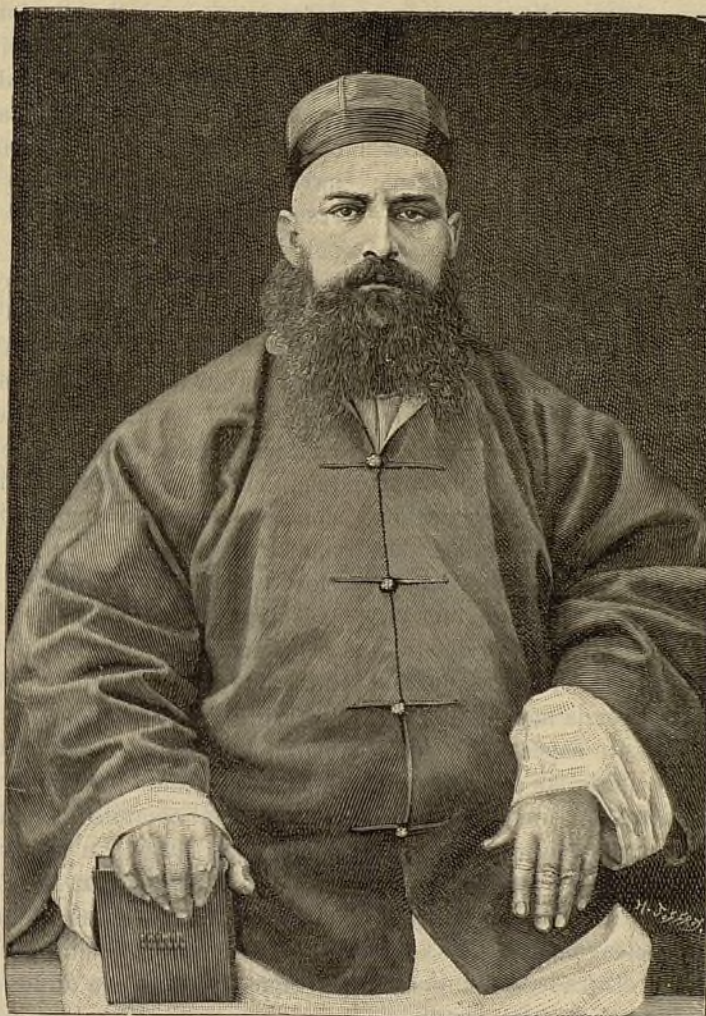
ME propongo relatar á V. algunas noticias acerca de la fiesta anual que acostumbran celebrar nuestros cristianos en esta Misión de Quilón y en el distrito de Kottar, en honor de su patrono San Francisco Javier, merísimo Apóstol de las Indias é insigne compatriota nuestro. Bien quisiera coordinar con gusto esta relación y escribir mejor, no sólo para recreo y solaz de nuestros buenos lectores, sino también para edificación é instrucción de tantos hermanos nuestros, jóvenes inexpertos la mayor parte, que disipan la substancia y los tesoros de virtud y religión que adquirieron en la casa de sus padres, haciendo derroche y vana ostentación de escolares sabiondos y de librepensamiento, para injuriar la virtud, el culto de las imágenes, la Religión, y aun á lo más santo y sagrado, al mismo Dios. Tengan, pues, la paciencia de leer estos nuestros mal pergeñados renglones, y ciertamente quedarán edificados del fervor de los nuevos cristianos, y no menos de las atenciones de un Gobierno pagano y de los cuidados y muestras de cariño y respeto de un pueblo gentil.

Kottar, situado al Sur de Travancore y á once millas del Cabo Comorin, conserva todavía una pequeña capilla del tiempo en que aquí estuvo San Francisco Javier, y que la tradición oral dice ser edificada por San Francisco. Al lado de esta capilla nuestra Misión ha edificado un templo en forma de cruz y de estilo romano, de unos 50 metros de longitud por unos 18 de latitud, que no tiene nada de particular más que el altar mayor, cuyo magnífico retablo es de tikwood, ó sea madera de teka, que es incorruptible, y de estilo del Renacimiento. A los lados colaterales de la iglesia con el tiempo se han edificado dos grandes atrios desde donde

se pueden observar muy bien las ceremonias del altar, y en el frontispicio se ha levantado otro de granito, sostenido por veinticuatro columnas de la misma piedra, todas de una pieza, traídas con auxilio de los elefantes del rey; así es que, por medio de estos atrios, la iglesia se hace doblemente capaz. Al rededor de la gran plaza de la iglesia están los *kádavis*, ó sean una especie de encasillado de feria y en forma de herradura, y perenne asilo donde se recogen los peregrinos que vienen durante el año, y también los que vienen á la fiesta con tiempo. En medio de la plaza se levanta majestuoso el kodimaram, ó sea, un árbol de teka, el mayor que he visto en la India en su calidad, y que sirve para levantar

la bandera el primer día de novena, á cuyo día llaman *kodiet-tu-tirunal*, ó sea, *día santo*, en que se levanta la bandera, que, como de costumbre, siempre suele ser el 24, día de nuestro Padre San Juan de la Cruz. En este día suelen reunirse unas ocho ó diez mil personas de todas castas, clase y religiones, sólo por presenciar la ceremonia de bendecir y levantar la bandera, que es bien sencilla. A la caída de la tarde y hora de las cinco, el misionero, revestido de capa pluvial, se presenta en el altar y bendice la bandera, y la entrega al mayordomo de la iglesia: después marchan procesionalmente, precedidos de los cofrades revestidos de sobrepepliz y muceta, y de un inmenso gentío, y de *omni genere musicorum* con ruidosos instrumentos, cuyo estruendo y alarma fuera

capaz de despertar y herir el tímpano del más sordo. Llegados al pie del kodimaram se ata á una cuerda la bandera con varias guirnaldas de flores, y la ascienden á lo alto, como lo hacen los marinos en sus embarcaciones. Cuando sube la bandera, todos están atentos, porque de allí deducen las contingencias del futuro año, más ó menos próspero y feliz, y esto, lo mismo algunos ignorantes cristianos, que los supersticiosos paganos, pues muchas de las supersticiones son comunes en el pueblo. Terminada esta ceremonia, entonan los cantores el *Laudate* en acción de gracias; después se entra en la iglesia, se da comienzo al novenario, se cantan solemnes Letanías y la Salve, y por último se bendice al pueblo con la imagen del Santo, terminando con el



ILMO. ESTEBAN SÁNCHEZ DE LAS HERAS, O. P. (Pág. 144)

sermón en lengua tamúlica. Estos mismos cánticos y ceremonias se repiten todas las noches hasta la víspera del Santo, en que se cantan solemnes Vísperas, en las que suele officiar *in pontificalibus* el señor obispo de la diócesis Ilmo. Fernando Ossi, que se toma la molestia de venir desde Quilón, á cuarenta millas de distancia, todos los años. A las ocho de la noche, y precedido de varios misioneros europeos y de varios sacerdotes nativos, de varios cofrades y mayordomos, y de una música nativa, se dirige el señor Obispo desde su residencia á la iglesia, á cuya hora está repleta por la muchedumbre, como lo mismo los atrios y plaza. Apenas llegado el señor Obispo, después de breve oración, se reviste de los ornamentos sagrados, y con mitra y báculo entona el *Deus, in adjutorium*, asistido de un presbítero, diáconos, asistentes y de oficio, y de un maestro de ceremonias. Terminadas las Vísperas, el pueblo se entrega al júbilo, escuchando sus músicas, y preparan sus cenas, cuyo regalo y sibaritismo consiste en comer un poco de arroz hervido, sirviendo de plato un pedazo de hoja de plátano indiano (*musa paradisiaca*) y de cuchara la primitiva de nuestros primeros padres, esto es: la mano. El indiano, todo cuanto tiene de holgazán y perezoso para el trabajo, es infatigable para el recreo, el bullicio y entretenimiento; así es que no obstante el ruido de sus músicas durante los días y noches del novenario, guardan todas sus habilidades, y se hacen incansables en la última noche.

Mas, no crean mis lectores que en esto estriba y á esto se reduce toda la fiesta, no; en honor del pueblo indiano lo vamos á decir todo. Casi todos los días del novenario han confesado y recibido la Sagrada Comunión de doscientas cincuenta á trescientas personas, pudiendo decir que, en toda la fiesta, se han repartido dos mil setecientas Sagradas Formas, y tanto en las mañanas durante las Misas como por la noche, la iglesia presentaba magnífico y edificante aspecto. Durante el novenario, y en el día 5, principian las procesiones, que suelen ser nueve; las de la noche son más imponentes, y por ello el pueblo gusta más de ellas, por el derroche de luces que hacen en ellas sus directores. El último día de la fiesta, día de San Francisco, de cinco á ocho de la mañana se rezan sucesivamente todas las Misas privadas, repartiéndose la Sagrada Comunión en todas ellas, y la iglesia se presenta con lleno completo. A las ocho se celebra la Misa pontifical asistida por los mismos presbíteros que en las Vísperas del día anterior, y terminada la Misa, se preparan para la procesión, en la que acostumbra llevar todas las imágenes del templo, y cuyas andas, por su forma y adornos, hechas un cuajo de oropel, presentan á la luz del día un magnífico golpe de vista. No quiero omitir cierto género de penitencias que en esta última procesión acostumbran hacer algunos cristianos, y aún paganos, *motu proprio*, y consisten en que durante el recorrido de la procesión, que dura de tres á cuatro horas, detrás de las andas del Santo van algunos midiendo el suelo con su propio cuerpo levantándose y postrándose sucesivamente, tendido el cuerpo en tierra sin perder un palmo de terreno, y esto por donde quiera que vaya y por todo el tiempo que dure la procesión. Otra de las penitencias consiste en dar una, dos ó tres vueltas á

todo el edificio exterior del templo, tendidos por el suelo desnudos, rodando sobre la tierra como un cilindro de piedra en las eras de trillar.

El orden con que se han celebrado las fiestas ha sido inmejorable y sobrepuja á la conducta de muchos pueblos civilizados. En nada, pues, se ha turbado la paz pública ni se ha registrado el más mínimo incidente, no obstante tan numeroso concurso de todas gentes, de todas clases y de todas religiones. Con justa razón merecen nuestro aplauso tanto el pueblo cristiano como el pueblo gentil, y especialmente el Gobierno que, no obstante ser pagano, ha desplegado tan paternales cuidados y tan plausible celo por el orden y bien público, señalando el rey una cantidad de novecientos treinta escudos para que se proporcionasen aguas potables y de las mejores fuentes á todo el público durante los diez días de fiesta. Además, estableció un servicio de unas cincuenta personas para el aseo y limpieza pública, sin olvidar de poner á las órdenes del misionero un personal de policía para que todo resultase con el más correcto orden, si bien nunca se ha hecho necesaria la policía.

Por más singular que esto parezca, es una realidad; pues aquí por la India, los Gobiernos que no son cristianos y profesan religiones mitológicas ó filosóficas, y que piensan libremente como ciertas escuelas de por ahí, cuando los cristianos celebramos fiestas civiles ó religiosas, muy distantes de negarnos las autorizaciones, acuden el rey, su primer ministro y oficiales, y nos ayudan con su cooperación é influyente presencia, nada menos (algunas veces) que con auxilios pecuniarios: se esmeran y trabajan con desvelo porque nuestros actos públicos resulten brillantes: las procesiones y las imágenes pueden libremente salir á cualquier hora y por donde se les antoje á los cristianos, aún por las calles donde todos son paganos, y éstos, lejos de ofender nuestros sentimientos religiosos, honran á las imágenes cuando pasan por las puertas de sus casas y les hacen el *cómpitu* ó reverencia, queman incienso y les arrojan flores. La Iglesia se gobierna independientemente sin mezcolanzas de Gobiernos civiles ni Autoridades incompetentes; á los sacerdotes católicos se les respeta y venera como los cristianos de los primitivos tiempos á la persona de los Apóstoles, etc., etc.

CHINA

Historia edificante de un chino.—Su piadosa muerte

Esta historia la refiere en los siguientes términos el R. P. Gaudissart, de la Compañía de Jesús, misionero en China:

IGNACIO Wei era hijo de un fervoroso cristiano, que gozaba como médico de muy buena reputación. Desgraciadamente éste murió cuando Ignacio tenía apenas cuatro años, dejando cuatro hijos y dos hijas. La pobre viuda, hallándose sin apoyo y sin consejo en medio de un pueblo idólatra, olvidó las prácticas del Cristianismo.

Al llegar Ignacio á la edad de estudiar, fué enviado á la escuela pagana y se quedó en ella hasta los trece años sin saber nada de Religión.

En dicha época, recorriendo el misionero su distrito

en busca de ovejas descarriadas, supo que en Tchian-Kia-Tchoang hubo en otro tiempo una ó dos familias de cristianos, y que entre los niños bautizados, algunos podrían asistir á la escuela de una cristiandad vecina. Eso fué para Ignacio el primer llamamiento de Dios y el punto de partida de todas las gracias que luego se le concedieron. La proposición de mandar el niño á la escuela para aprender el Catecismo y las oraciones, fué aceptada sin dificultad por la pobre viuda, que no deseaba otra cosa sino volver á la práctica de la Religión. Cuando el niño supo algo el Catecismo no cabía en sí de contento. Su corazón limpio le llevaba á Dios.

—¡Qué lástima, decía entonces á su cuñado, que haya conocido á Dios tan tarde!

Estad ciertos de que no había leído á San Agustín; y sin embargo, brotaba espontáneo de su corazón el *Sero te cognovi* de aquel gran Santo.

Formó el propósito de recuperar el tiempo perdido, y luego se constituyó en apóstol de su familia. Sus dos hermanos se habían casado con dos paganas fanáticas, y por de pronto esto no alentaba mucho que digamos sus esperanzas. Hasta se le hacía peligroso permanecer en tal compañía.

—Mamá, dijo un día el muchacho, ya no podemos vivir en esta población en medio de paganos; no podemos servir á Dios como se debe: la salvación de nuestra alma es aquí difícil. Vámonos á vivir á la población vecina, donde he estudiado el Catecismo; allí tenemos un tío cristiano; con V. y mi hermanito estaremos bien allí.

Así se hizo.

Por desgracia, ese hermoso plan lo estorbó la muerte de la madre, acaecida poco tiempo después. Al menos la pobre mujer pudo, gracias á su hijo, morir cristiana.

En esto las dos hermanas de Ignacio casaron con jóvenes cristianos. Entonces el niño tenía catorce años y se hallaba solo con su hermanito. Las leyes y costumbres chinas los ponían á los dos bajo la tutela de su hermano mayor; pero Ignacio no podía resolverse á vivir con ese pagano bautizado. Pidió, pues, y obtuvo un asilo en casa de su hermana mayor, en la ferviente cristiandad de Linn-Chang-Sen.

El misionero residía allí por lo común, y el niño pudo seguir con libertad su vocación por las cosas de Dios.

Cuando el misionero estaba en Linn-Chang-Sen, Ignacio no le abandonaba, se hacía su criadito, y le prestaba todos los servicios que podía, tanto y tan bien, que le llamaban en el pueblo el *Hermano Wei*. Además del gusto que tenía de hacerse útil, aprovechaba sus relaciones con el Padre para instruirse, y así le hacía multitud de preguntas sobre todo lo que se relacionaba con la Religión. Cuando el Padre no estaba en Linn-Chang-Sen, en las fiestas menores, y á menudo el domingo, hacía á pie dos horas de camino para ir á la residencia á confesar y comulgar.

Entonces empezó á germinar un deseo en su corazón. ¡Si se pudiera quedar en la Residencia! ¡Con qué facilidad y fervor serviría á Dios! Habló de ello al Padre Menestrel é insistió mucho; pero sin alcanzar nada. No parecía estar bastante bien dotado para entrar en el colegio y pasar al Seminario.

Ofrecióse por criado.

—No quiero ningún salario, decía; no pido más que el permiso de emplear mi vida en el servicio de Dios.

Esta frase era en su boca la expresión sincera de un ardiente deseo. Hasta añadía:

—¿Por qué no seré yo Religioso de la Compañía de Jesús? Nuestro Señor llama á los que quieren servirle, y yo lo deseo con todo mi corazón.

A fuerza de instar, acabó por ser empleado sucesivamente en el comedor, en la imprenta y en la botica, haciéndose notar por su exterior dulce, modesto, piadoso y por su buena voluntad. Por lo demás, poco le importaba el oficio que le confiaran, mientras le dejaran quedarse en la Residencia.

La Providencia le proporcionó muy pronto la ocasión demostrar que había en él algo más que una virtud vulgar. El venerable P. Gonnet estaba entonces al fin de su larga carrera, habiendo pasado cincuenta años en China. Necesitaba, pues, que alguien le auxiliara y estuviera casi siempre á su lado. Ignacio desempeñó tan pesado cargo durante dos años con mansedumbre, abnegación y piedad verdaderamente filial. A veces, hay que confesarlo, sus servicios exigían grandísima paciencia. Sin embargo, á todo se prestaba Ignacio solícito y gozoso, y seguía sirviendo al anciano Padre Superior con gran empeño y buena voluntad. Después de su muerte siempre hablaba de él con afectuosa veneración.

—Le amaba como á mi madre, me dijo un día.

Le gustaba mucho repetir en su última enfermedad:

—El anciano Padre ruega por mí. Espero verle en el paraíso.

La recompensa no se hizo esperar. Apenas habían transcurrido tres meses después de la muerte del Padre Gonnet, cuando volviendo Ignacio de Linn-Chang-Sen, á donde había ido á arreglar asuntos de familia, fué atacado de una pulmonía complicada de pleuresía, lo que le puso en pocos días en un estado verdaderamente grave. La víspera de San Estanislao recibió la Extremaunción. Parecía que este amable Santo le invitaba á celebrar en el cielo su festividad. En todo caso él estaba bien dispuesto.

No bien se convenció de que iba á morir, pidió la gracia de hacer los votos, y vió satisfechos sus deseos. Entonces, lleno de alegría, esperó la hora postrera con perfecta serenidad; pero esta hora se hacía esperar. Durante cinco meses estuvo entre la vida y la muerte. Nada tan conmovedor como verle y oírle conversar con Nuestro Señor y la Virgen Santísima, esa «Madre tiernamente amada,» como él la llamaba.

Para tener siempre presente la pasión del Redentor, logró que colocaran frente de su cama una imagen de Nuestro Señor crucificado; á su lado había otra de la Virgen Santísima. Cuando no podía decir nada, su mirada se dirigía hacia dichas Imágenes. Al sugerírsele actos de fe, esperanza y caridad, añadía con transportes de fervor:

—Sí, amo á Dios, amo á Dios. Espero verle pronto.

—Pero si la enfermedad se prolonga y se hace preciso sufrir meses y meses, ¿no encontrarás el tiempo largo?

—No; hágase la voluntad de Dios.

—¿Toda la vida?

—Toda la vida, si á Dios place que sea así.

No diré que nunca tuvo un solo momento de debilidad; pues estando recostado, ó mejor dicho, sentado en llagas vivas durante semanas y meses, no es extraño que hallara á veces la posición incómoda.

—¡Oh! decía; Nuestro Señor estaba aún en peor cama que la mía, sobre la cruz.

Quiero terminar con la última conversación que tuvo con su hermano mayor, que aun no ha seguido su ejemplo. El día que vino á verle este hermano, el enfermo podía hablar un poco. La conversación se limitó á algunas frases de cortesía; pero cuando se hubo retirado el visitante:

—Padre, me dijo Ignacio, llámelo V.

Entonces, sentado en la cama, con la voz más cariñosa y el tono más amable, le aseguró que tenía por él el mayor afecto y le exhortó á que se convirtiera lo más pronto posible. Le recordó también las exhortaciones de su madre.

—Si tú estuvieses en mi lugar, añadió sonriendo, ¿estarías tan tranquilo como yo? ¿Te gustaría morir como yo muero?

Así le estuvo hablando un cuarto de hora, sin darse cuenta de lo hermosa y tierna que era esta escena. El resultado fué que el hermano, hasta la fecha indiferente y obstinado, acabó por llorar y prometió convertirse.

Después de la muerte de Ignacio, di un vistazo á sus escritos. Había copiado con su propia mano los cuatro libros de la *Imitación*, los métodos para la oración, etc., etc. Pero lo que más me conmovió fué un papelito en el que había escrito el fin ú objeto de toda su vida. Este papel debía tenerlo á la vista durante su trabajo. He aquí su traducción textual:

«Señor Jesús, yo soy *vuestro hombre*; renuncio á mi propia voluntad para servirlos en todo y siempre.»

¡Qué buen pasaporte para el paraíso! Dichoso quien se presenta al tribunal de Dios tan bien preparado como ese chinito, y llevando en la mano este grande y sencillo programa: Ser sobre la tierra «el hombre del Señor.»

GOLFO DE GUINEA

Consoladores frutos de la Misión

SON muy misteriosos los secretos de la gracia, escribe el R. P. Manuel Mallén, C. M. F.; vienen cuando Dios quiere y avasallan cuanto tocan. Cinco años de continuo bregar han empleado estas Misiones en la conversión del jefe Uloba en Cabo San Juan; pero al fin se ha rendido, como habrán podido ver los lectores de *El Iris*.

En Elobey se han estado y están cosechando opimos frutos de bendición, sembrados muchos de ellos por los escolares, que habiendo completado su instrucción religiosa y científica en nuestros colegios, han regresado al seno de sus familias ostentándose, quiénes más y quiénes menos, decididos campeones de la fe con las almas que han regenerado al hallarlas en los umbrales de la eternidad; á más, tiene allá la Misión en la actualidad un hermoso y floreciente colegio de más de cincuenta jovencitos.

La Misión de San Carlos sigue avanzando en su in-

fluencia con los bubís y de día en día obtienen algunos prosélitos, y la recién fundada Misión de Musola comienza á hacer un llamamiento á los bubís del contorno invitándoles á que se acojan á la sombra del Inmaculado Corazón de María; llamamiento que repercutiendo en el corazón de algunos pocos, los ha llevado á gustar las ternuras de nuestra simpática Madre María, buscando en la Misión asilo seguro á sus almas extraviadas. En esta Casa de Santa Isabel tampoco podemos estar descontentos de las bendiciones con que nos ha favorecido el cielo durante el año que acaba de expirar, atraídas por las oraciones de algunas almas que desde el retiro de la oración han estado agenciando el fruto de nuestros trabajos, que han tenido feliz coronamiento con setenta y dos bautismos.

Pero no está aquí todo: inspirándonos en el altísimo pensamiento de informar estas regiones en el espíritu del Evangelio, se ha trabajado por el bien temporal de estos bubís con objeto de ganar sus almas y hacerlas partícipes de los tesoros de Jesucristo. Medio año atrás le anunciamos la parte que la Misión había tomado en la pacificación de un pueblo; hoy podemos manifestarle con agrado otro hecho análogo, pero que revela mayor triunfo. El reyezuelo de Mueri, situado en la estribación del pico en la vertiente que corre á la bahía de San Carlos, faltó al respeto al delegado del señor Gobernador en la citada bahía. Se le requirió para que se presentara á dicha Autoridad y le diese cumplidas satisfacciones; mas el delincuente se negó á abandonar su casa, creyéndose á salvo de toda pesquisa, y aparte de esto, se jactaba de tener doscientos hombres armados para hacer frente á los españoles. Ganosos los misioneros de Musola de ser portadores de la paz en tan espinoso conflicto, y sabedores de las buenas disposiciones del señor Gobernador general, indicaron al jefe las providencias que debía tomar para evitar las consecuencias de un desembarque de soldados, dispuestos á castigar su obstinada rebeldía.

Convencido por las razones de los misioneros, y alentado con las seguridades que éstos le dieron de que el señor Gobernador le recibiría con benevolencia y daría al olvido el agravio, emprendió el camino de Santa Isabel; pero á los pocos pasos, las más lúgubres y tétricas ideas se ciernen sobre su imaginación, teme si todo era una red que le tendía el Gobierno para darle caza y fusilarlo, y desfalleciendo de ánimo se vuelve á parapetarse en la madriguera de aquellos escarpados montes.

Con la ida del reverendísimo Padre Prefecto á Musola zanjóse la cuestión: llamó al citado jefe, le reconvinó por sus recelos y desconfianzas infundadas; le reiteró la seguridad de que todo quedaría satisfactoriamente resuelto presentándose al Gobernador, y concluyó por ofrecerse á ir con él. Depuestos ya sus recelos, cumplió su palabra, y la vigilia de Navidad llegó á ésta con el Padre Prefecto, é introducido en el despacho del señor Gobernador, que le dispensó benévola acogida, dadas las satisfacciones indispensables, obtuvo cumplido perdón de su desacato á la Autoridad. Así quedó todo amigablemente zanjado, con gran regocijo del Gobernador general, que se dolía de tener que apelar á medidas de rigor; con indecible satisfacción del jefe bubí, que se volvió á su tribu cual si hubiera vuelto de la

muerte á la vida, y, por fin, de parte de la Misión, agradecida á las misericordias del Señor por haberla escogido una vez más como instrumento y mensajera de la paz entre gobernantes y gobernados.

Nuevos cristianos

El R. P. Joaquín Juanola escribe desde Santa Isabel de Fernando Poo el 1.º de Enero de 1897:

EL día 16 de Noviembre último fué de regocijo santo para la Misión de Concepción (Bahía de Fernando Poo). Convenientemente preparados siete catecúmenos de esta Residencia, rogáronme los Padres catequistas, aprovechando mi visita como delegado del

Los esposos fueron bautizados con los nombres de Juan y Agustina.

Fué padrino de todos ellos D. Juan Font, uno de los representantes de la Compañía Vigatana establecida en ésta; persona religiosa de relevantes prendas, que aprecia mucho á la Misión, por lo mismo que ve al ojo los muchos bienes morales y materiales que produce entre estos indígenas.

Sin salir de la iglesia celebróse el matrimonio de los neófitos Juan y Agustina, á quienes se les dió lo necesario para establecerse en su nueva casita, conforme suele hacerlo con todos la Misión, á la que no sin fundamento consideran como madre. El pueblo de Concepción se vistió de fiesta, y dió muestras de alegría con



CANADÁ.—Colegio de Hermanos Maristas. (Pág. 142)

reverendísimo Prefecto, que los regenerara con las aguas bautismales, á lo cual accedí con la buena voluntad que es de suponer, y dando al acto la mayor solemnidad posible.

De los siete, cinco eran alumnos del colegio, y los restantes dos jóvenes, varón y mujer, que á seguida del bautismo habían de unirse en santo consorcio matrimonial.

Celebrado el incruento sacrificio de la Misa, en que se imploraron las divinas luces para los catecúmenos, con gran consuelo de mi alma derramé sobre éstos el agua regeneradora, alistándolos, por consiguiente, en la sagrada milicia de los discípulos de Jesucristo, nuestro adorador Redentor.

A los cinco niños se les impusieron, respectivamente, los nombres de Pedro, Gaspar, Miguel, José y Santiago.

honestas diversiones y regocijos en conmemoración del que consideraban fausto acontecimiento. Quiera el Señor se repitan con frecuencia tan conmovedoras escenas, agradables á Dios y al Corazón de María.

AMÉRICA SEPTENTRIONAL

Misión de Alaska

Interesante es la siguiente carta que un misionero jesuita de Alaska escribe á uno de sus hermanos en Religión. Se gozará el alma, lo mismo que se edificará, al leerla, y tal vez hasta se mueva á ayudar tan interesante Misión. Dice así:

TODOS nuestros Padres y Hermanos de estas Misiones, bien que moren fuera del mundo civilizado y lejos de todo lo que hace la vida placentera, son, sin embargo, felices y hasta joviales, por aquello

de que «cuanto más uno se separa de las criaturas, tanto más se acerca á Dios.» Ha transcurrido ya un año desde que me hallo en Alaska, y todavía no me he muerto de frío ni de hambre, como pudieran temerlo nuestros buenos amigos de Washington, sino que mi salud está poniéndose muy pronto cual espero que ha de ser. El invierno de aquí es muy largo. El año pasado se heló el río á una profundidad de cinco á seis pies, como lo sé por experiencia, pues tuve que agujerearle varias veces y muy adentro para sacar agua. La nieve tenía casi cuatro pies de hondo. Los viajes se hacen en invierno en trineos tirados por perros, y con zapatos propios para caminar en la nieve.

El verano es corto, y apenas si nos deja tiempo para alzar algunas patatas y otros vegetales. Ayer solamente acabamos de cultivar y poner en buen orden nuestros huertos. Como no tenemos caballos ni arados, el trabajo de cavar la tierra y de voltearla se hace sólo por medio de la pala. El termómetro sube en el estío pocos grados, mientras que el invierno pasado tuvimos por lo común de 30 á 40 grados bajo cero. El frío más intenso alcanzó á 49'5 grados...

Durante una buena parte del invierno los días son muy cortos; pero ahora precisamente, bien que sea casi media noche, hay luz en el horizonte. Escribo esta carta á una hora tan inoportuna, porque ando atareado todo el día con los niños de la escuela, de los que tenemos más de setenta entre muchachos y niñas...

Estos indios, como todos los demás, forman una clase que excita nuestra conmiseración: la pobreza y la enfermedad son sus notas características. Sin embargo, ellos también llevan estampada en sí la imagen de Dios. Así nos esforzamos por todos los medios para atraernos sus corazones. Los infelices se llegan á nosotros con sus males y dolencias, y nosotros les damos todo lo que forma nuestro escaso surtido de medicinas. Nosotros mismos somos verdaderamente pobres, y todo lo que se nos envía, aunque sea de caridad, siempre cuesta mucho, á no ser que se pague con anticipación el importe. Estamos á 3,400 millas de San Francisco...

Nuestras Misiones son seis ó siete, y tenemos actualmente en Alaska siete Padres y seis Hermanos. Y pues el país es inmenso y escasos sus habitantes, esos trece Jesuitas tuvieron que vivir bastante desparramados el invierno pasado. Esperamos que vengan algunos más este año. Hasta la fecha las escuelas han quedado á cargo de unas pocas Hermanas de Santa Ana, almas nobles y llenas de celo todas ellas, pero demasiado débiles ó delicadas para esta comarca. Sólo las esposas de los predicadores protestantes, que viven en casas rodeadas de comodidades, pueden pasarlo bien en un país como éste. Una de las Hermanas sucumbió últimamente víctima de su celo y del clima.

¡Oh! no se apiade V. de nosotros en nuestro destierro, porque estamos siempre contentos, habiendo hallado al Sagrado Corazón aun más bondadoso aquí, que no le hallábamos en los Estados, cuando nos rodeaban tantos queridos hermanos y no pasábamos por cierto tantos apuros. En efecto, nosotros nos compadecemos de los que no pueden venir á Alaska. Como V. ve, yo también, aunque indigno, he sido hecho partícipe de tanta dicha. Podemos escribir á nuestros amigos sólo

una vez al año, como quiera que se puede penetrar aquí sólo una vez ó dos en el verano. De modo que si usted desea escribir ó enviar algo, hágalo V. pronto y será esto lo mejor, toda vez que así se puede aprovechar el buque que vuelve de San Francisco.

Como nosotros lo necesitamos todo, cualquier cosa que se nos envíe podrá ser de alguna utilidad: mas ¡ay! luego viene la factura, que hace muy costosos aun los objetos más baratos. Yo estoy encargado de los niños, pero no he tenido ni una navaja, ni una bolita, ni un solo juguete para regalárselos, sea por Navidad, sea durante todo el año. Cuando los infelices caen enfermos, tenemos pocas medicinas para curarlos; y cuando gozan de buena salud y se portan bien, ni siquiera podemos darles un librito de devoción en prueba de nuestro agrado. Durante los largos meses del invierno les he contado cuentos para divertirlos; pero mi surtido de cuentos está casi agotado...

ISABELA DE BASILAN (Filipinas)

Favorables disposiciones de los habitantes moros de Basilan para la conversión al Cristianismo.—Celebración de las festividades.—Celo del Sr. D. José Romero, gobernador de la isla.

El R. P. Pablo Cavalleria, de la Compañía de Jesús, con fecha 10 de Diciembre de 1894, escribía desde Isabela al R. P. Juan Ricart:

Mi amadísimo en Cristo reverendo Padre Superior: La isla de Basilán hace unos diez ó doce años que se halla con excelentes condiciones para ser poblada por cristianos antiguos, que podrían radicarse en diferentes puntos, si viniesen de otros pueblos, con el fin de bloquearla cristianamente, y así á no tardar se rendiría la raza mora, con prudente celo, al suave yugo de Jesucristo. Por supuesto, que estos cristianos exigirían el aumento de misioneros, porque el indio paisano con dificultad se radica donde no hay misionero.

Pedro Cuevas, conocido por Dato Calong, garantiza la seguridad de los cristianos, que quieran radicarse con permiso del Gobierno en esta isla.

No hay por lo tanto que conservar aquel miedo que antes se tenía á los moros. El día de hoy, los moros no tienen ninguna influencia en Basilan: el P. Llausás no perdonó medio, que en su mano estuviese, para ir ganando terreno á la morisma, y los sucesores hemos seguido haciendo cuanto han alcanzado nuestras fuerzas con el mismo fin.

Bastante es ya lo que se ha hecho; se ha levantado por segunda vez capilla en San Pedro en los márgenes del río Guibauan, distante de la Isabela unas cinco leguas, donde se halla la famosa vega de Basilan admirada de cuantos la ven, sintiendo todos que haya tan poca gente para cultivarla. En un principio sólo vivían allí los cristianos compañeros de Pedro, que ascenderían á unos 20; actualmente existen unos 250 entre moros bautizados recientemente y cristianos viejos venidos de Zamboanga. Desde hace unos ocho años se celebra la fiesta titular, y en este año la hemos celebrado con toda solemnidad; con música, sermón, procesión brillante, fuegos artificiales, acudiendo infinidad de gente de Zamboanga, de Tetuán, de Mercedes, de Ayala y de Isabela. Los moros de aquel punto admiran

nuestras solemnidades, nuestros trabajos y adelantos, y se quedan naturalmente muy inferiores á los cristianos, y ceden el puesto al más ínfimo discípulo de Cristo nuestro Señor, y ya no se avergüenzan de seguir nuestra santa Religión. Toda la parte Norte de la isla está ya recorrida á palmos por los cristianos y misioneros.

Desde Atung-atung se pueden visitar fácilmente las rancherías de Lampinigan, Bulansa, Matican, Bagbagun, etc. Viven en Atung-atung varios moros que se muestran afectos á los gobernadores, á los misioneros y á los cristianos antiguos. El señor gobernador pasado D. Francisco Vázquez, dió á estas rancherías bastones de mando con el fin de irles ganando la voluntad y hacerlos nuestros enteramente; y el señor gobernador actual D. José Romero, les trata frecuentemente con el mismo fin, reinando entre esta cabecera y dichas rancherías paz y tranquilidad. Tenemos ya tres iglesias: la de Isabela, la de San Pedro, la de Panigayan. Pienso levantar dos más, una en Balactasan y otra en Atung-atung.

Una vez se hayan levantado las cinco iglesias dichas habrá que visitarlas frecuentemente, como ya se hace con las que existen hoy, con lo cual se gana mucho terreno á la morisma, porque ve ella el inferior lugar, viendo nuestro culto y manera de adorar á Dios nuestro Señor, y así se irá infiltrando el Cristianismo de una manera estable en la hermosa isla de Basilan.

En este año se han celebrado tres fiestas titulares en esta parte de Basilan que mira á Zamboanga; la de Santa Isabel, como se supone, y con muchísima solemnidad, y como acudieron muchos moros pudieron admirar ese acto de Religión. Predicó el panegirico de la Santa el P. Ferrer; el señor Gobernador tuvo sumo interés en hacer lucir la fiesta, invitó al señor jefe de la división D. Joaquín Lazaga, quien invitado además por el Padre misionero para que asistiese á la procesión, cedióle la presidencia el amable señor Gobernador, el cual juntamente con el señor gobernador de Zamboanga Sr. Villamor iban á los lados del referido señor Comandante de la división.

En segundo lugar se ha celebrado la fiesta patronal de San Pedro, como tengo referido. Se ha celebrado también la fiesta de Santa Bárbara en Panigayan, visita de moros y algunos cristianos, lo cual es muy digno de notarse. El día 3 de Diciembre, víspera de la Santa, se había adornado la capilla modestamente como se pudo; las calles estaban limpias; casi todas las casas de los moros, que serán unas 60, estaban engalanadas con banderas puestas por ellos mismos; la música recorrió aquellas calles con gusto de todos sus habitantes, las campanitas de la capilla dieron los tres repiques, como se acostumbra en estos puntos. Despertada así la piedad el día de la víspera con la presencia del señor Gobernador, quien había advertido á los mandarines y principales, que se preparasen ya dos ó tres días antes, quiso además el señor Gobernador ir á la santa Misa, que debía cantarse el 4 á las ocho, y dispuso, para mejor comodidad, que yo fuese con él en su lancha de vapor, que tuvo preparada á las siete y media del día 4, pues había vuelto el 3 á pasar la noche en la Isabela. En la lancha embarcaron además el señor médico D. Galo y el secretario del Gobierno y al-

gunos principales de Isabela. Mas aconteció que el sacristán olvidóse de un ornamento necesario, y como la Misa por este olvido hubo de retrasarse, esperando que fuese el sacristán á la Isabela, no fué posible que el señor Gobernador, por tener que despachar el correo, aguardase la Misa, y así con pena se contentó con visitar la Santa, rezarle de rodillas su devoción, y se retiró á la Isabela en la lancha, que me remitió otra vez para llevarme á mí á la Isabela terminada la Santa Misa. Mucho agradecí su buen ejemplo, y su fina atención. A la Misa asistieron D. Galo y el señor Secretario, muchos isabelinos y varios moros; hubo necesidad de hacer un toldo... ó pala pala junto á la capilla para que la gente pudiese oír la Santa Misa. Terminada ésta se dió un modesto desayuno en el tribunal, que hoy sirve al mismo tiempo de escuela. Y ya que digo esto último, no se debe dejar en silencio este bien que hizo el señor Gobernador.

Existía en Panigayan un tribunal ya hacía un año, hecho por el Gobierno, y como propusiese el Padre al señor Gobernador que sería conveniente poner escuela en Panigayan para los hijos de los cristianos, y de los moros que quisiesen aprovecharse, el bondadoso Gobernador ofreció, ínterin no haya escuela, el tribunal, proporcionando él mismo al moro principal, que vivía allí con su familia, otra casa para evitar hasta la sombra de queja, y así con su buena voluntad y recta política arregló el asunto. Dios bendiga á tan buen señor y sus buenas obras que hace cada día en bien de este pueblo.

Por el plan de almas verá V. R. cinco moros adultos convertidos y ocho párvulos; hay esperanzas fundadas de bautizarse otros muchos más.

Desde que terminó el señor Gobernador el puente se me ha facilitado grandemente la visita de los moros del Oeste de la cabecera.

Tengo la resolución de visitar, si Dios me da vida y salud, todas y cada una de las rancherías moras de esta isla: como esto lo debo hacer sin dejar nada atrasados los trabajos de la cabecera, no podré hacerlo con la presteza que desearía. Algo más podré hacer con la ayuda, de cuando en cuando, del P. Ferrer.

El señor gobernador pasado D. Francisco de P. Vázquez y Pérez de Vargas, y asimismo el señor gobernador actual D. José Romero y Guerrero, impulsados ambos por el deseo de mejorar este pueblo, reflexionaron atentamente qué obra convendría hacer actualmente para conseguirlo, y por conformidad de pareceres convinieron que era necesario enlazar este pueblo con la extensa llanura que existe muy cerca, como que arranca de la ribera del río Tabuh, por medio de un puente levantado sobre este río. El Sr. Vázquez lo meditó y pidió el presupuesto que se le concedió.

El Sr. D. José Romero, apenas se posesionó del mando, no pensó casi en otra cosa que en hacer esta buena obra, que ha realizado ya actualmente; hace ya más de tres meses que se pasa por él. Es una obra sólida y elegante, de modo que es alabado de cuantos lo ven; pero además de lo que es verdaderamente puente, hubo que hacer una larga calzada para enlazar el puente hasta la tierra llana, porque el agua del mar aún en marea baja cubría el espacio entre el puente y

la tierra firme. Esta obra ha de contribuir mucho al bien de esta Misión; porque como por falta de emplazamiento para iglesia y casa Misión en la parte de acá del río, se ha juzgado convenientísimo levantar la iglesia nueva en la otra banda y junto al puente, para ir encaminando al mismo tiempo á los indígenas á que levanten poco á poco y espontáneamente sus casas á la parte Oeste del río, crecerá no poco esta población con la facilidad que da el referido puente para comunicar con la llanura de la otra parte; y además ofrece este puente facilidad inapreciable para comunicar con las varias rancherías de moros que existen por el Oeste de este pueblo; y actualmente ya es mayor que antes la comunicación con los moros de allí y viceversa. El Padre misionero podrá aún paseando visitar muchos moros desde la otra parte al residir allí.

En la parte Oeste del río pueden los vecinos hacer extensas plantaciones, lo cual es imposible acá por no haber sitio, y aún el poco que existe en gran parte es robado al mar y entre fango de mareas.

Quiera Dios bendecir ese nuevo proyecto que ha de producir tantos bienes.

en estos países no mantienen tropas regulares. Cuando el rey ha resuelto la guerra, su Ma-kaka, ministro de la guerra y generalísimo de los ejércitos, transmite á los jefes de distrito la orden de levantar tropas. Estos nunca dejan de concurrir al punto de reunión con todas las que se les han pedido. Si el Ma-kaka al revistar el ejército juzga que no cubre bastante extensión de terreno, no tiene más que decir una palabra en nombre del rey, y á los pocos días acude nuevo y más numeroso contingente.

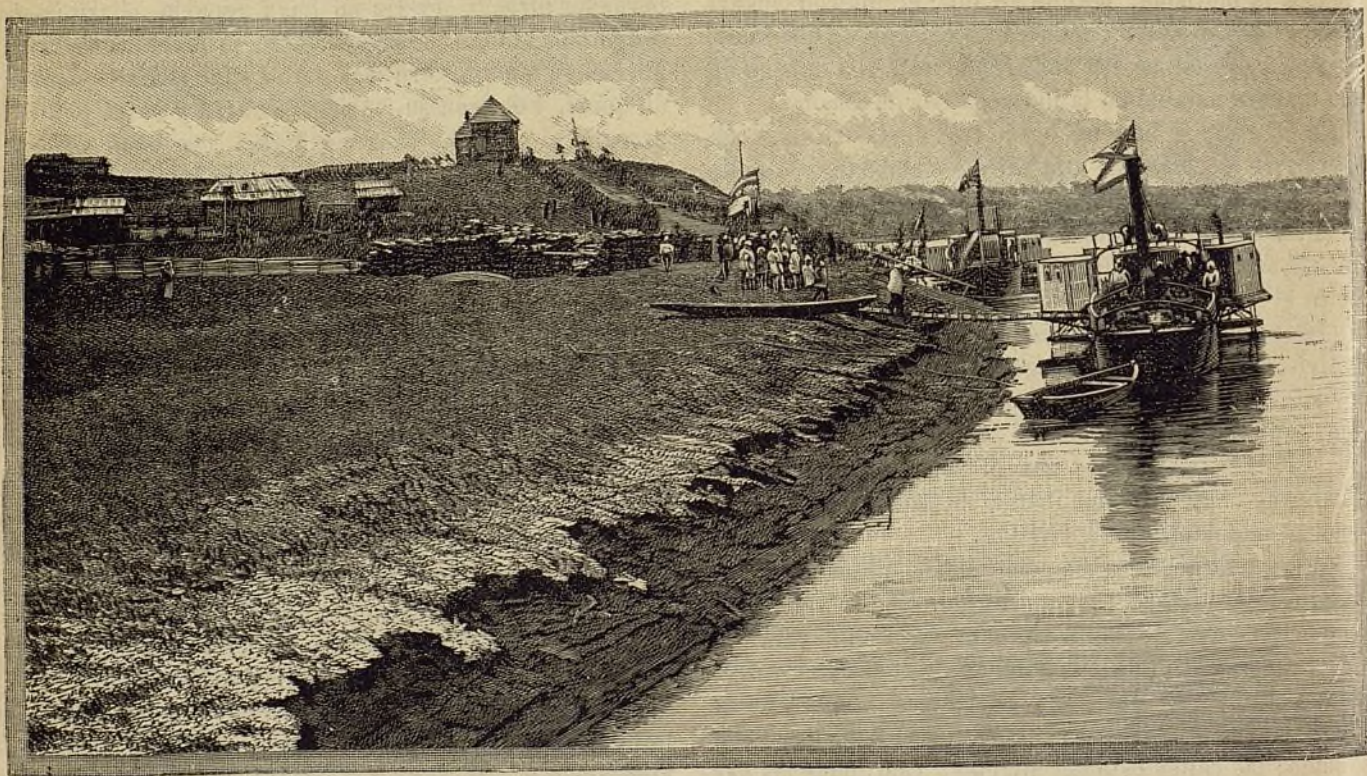
Antes de partir para la guerra los negros se prosternan ante las tumbas de sus antepasados, y les suplican les den la fuerza y el valor que á ellos les animaban.

Soldados y jefes

Los soldados negros son robustos; pero carecen de valor y disciplina, y disparan sin orden ni concierto.

Las insignias de los jefes consisten en un gorro griego de elegante tejido indígena, y una piel de gato abrochada á la cintura.

Los que parten para una expedición militar nunca dejan de pintarse el cuerpo de rojo, en la confianza de



MANDCHURIA.—En las orillas del Ussuri. (Pág. 131)

MISIÓN CATÓLICA DE LANDANA (CONGO)

POR EL P. CAMPANA, DE LA CONGREGACIÓN DEL ESPÍRITU SANTO

Segunda parte

II.—ORGANIZACIÓN MILITAR

Recluta de tropas

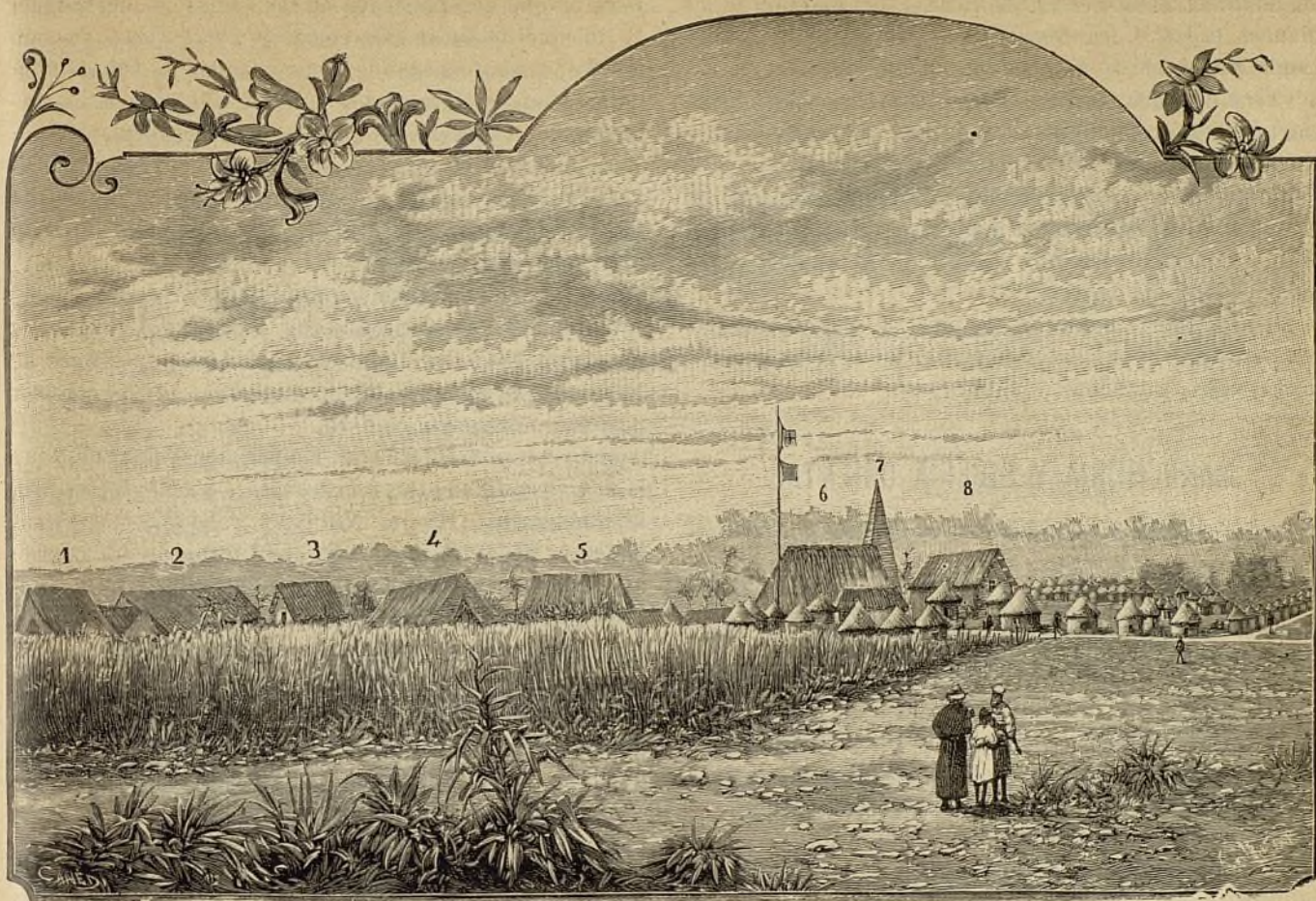
EN las sociedades groseras, dice Spencer, todos los adultos varones son guerreros: el ejército es la sociedad movilizada, y la sociedad es el ejército en disponibilidad.

Esto es lo que se verifica en el Congo: los soberanos

que este color les hará invulnerables. La mayor parte llevan grandes penachos, para inspirar terror á los enemigos. Muchos están persuadidos que tales ó cuales plumas, colocadas de cierta manera en sus gorros, tienen la virtud de apartar el peligro y de poner su cabeza en seguridad.

Todos llevan víveres para algunos días.

Aunque los negros no sobresalen por su valor en los combates, desean apasionadamente la reputación de valientes. La mayor injuria que puede hacerseles es llamarles cobardes, y el cumplimento más lisonjero decirles que son intrépidos y marciales.



1. Establo para las vacas.—2. Casa de las Hermanas.—3. Cocina.—4. Casa de los Padres.—5. Casa de ladrillos: almacén.—6. Residencia del Padre Superior.—7. Fragua, fundición.—8. Taller.

CONGO BELGA.—Misión de San José de Luluaburgo. (Pág. 142)

Armas

Los guerreros tienen que proveerse de armas: así unos se presentan con fusiles viejos poco temibles, y otros con sables y cuchillos, no faltando quienes van armados con fuertes palos cuadrangulares de madera dura, que hacen el oficio de rompecabezas.

En el interior usan todavía arcos y la azagaya ó pica africana.

Manera de hacer la guerra

Estas tropas así equipadas se adelantan sin orden, y los jefes más bien parecen conductores de rebaños que oficiales.

Los dos ejércitos procuran tenderse emboscadas. Cuando se encuentran, al momento vienen á las manos, y cada cual, sin guardar formación ni esperar órdenes, se va derecho al enemigo que tiene al frente.

Los combates no son sangrientos ni tenaces: apenas iniciada la acción, uno de los dos campos se declara en derrota.

Entonces los vencedores, orgullosos por su éxito, persiguen á los vencidos, y únicamente se esfuerzan por hacer prisioneros, que venden en seguida como esclavos.

Pero es raro que los ejércitos se dirijan uno al encuentro del otro con el intento de combatir. El gran arte de hacer la guerra consiste en evitar el enemigo y en caer sobre los pueblos que se sabe están abandona-

dos, para saquearlos, reducirlos á ceniza y hacer algunos prisioneros. Mientras no encuentran resistencia pasan adelante, incendiándolo y saqueándolo todo, y con frecuencia ambos ejércitos hacen al mismo tiempo grandes estragos, cada uno por su parte, en las tierras enemigas.

Los ejércitos, por lo común, no están mucho tiempo en campaña: una guerra termina á veces en menos de ocho días.

Manera de ajustar la paz

La manera de ajustar la paz es muy singular. Los principales jefes de ambos partidos hacen lo que llaman un *palabre*, esto es, se reúnen en sesión solemne y discuten largamente las condiciones del tratado que debe poner fin á la guerra.

Establecido el acuerdo, se adelantan unos hacia los otros con fusiles viejos y algunos cuchillos: abren una zanja entre los dos campos, y echan en ella dichos fusiles, que cubren de tierra, y sobre esta tumba de la guerra se juran perpetua amistad, juramento solemne é inviolable, acompañado de cantos, gritos formidables é imprecaciones contra las armas para siempre sepultadas.

A veces esta solemnidad se celebra, no para poner término á una guerra, sino para consolidar perpetuamente la paz existente.

Así es como después de firmar con el rey Ma-kaka

su célebre tratado, el Sr. de Brazza, en nombre de los blancos tallas ó franceses, selló con semejante juramento inviolable su alianza con los negros.

Cerca de Mfua, llamada después Brazzavilla, abrieron un hoyo profundo en el que echaron balas, cartuchos y pólvora, y encima plantaron un árbol.

«Enterramos la guerra tan profundamente, que ni nosotros, ni nuestros hijos podremos desenterrarla: el árbol que aquí crezca será testigo de la alianza entre los blancos y los negros.»

De esta suerte hablaron los jefes, y Brazza añadió:

«¡Así dure la paz tanto tiempo como el árbol no produzca balas, cartuchos ó pólvora!»

MANDCHURIA Y SIBERIA ORIENTAL

POR EL R. P. ADRIANO LAUNAY, DE LA SOCIEDAD DE MISIONES EXTRANJERAS

V

El Catolicismo en Mandchuria.—Los RR. Berneux y Venault.—La guerra del opio.—Tratados con China.

Más tarde, el 24 de Marzo de 1844, llegaron dos nuevos sacerdotes franceses, Simeón Berneux y Carlos Venault, nombres que deben consignarse en la historia religiosa de Mandchuria.

El R. Berneux, que había sido misionero en Tunkin, fué preso á los pocos meses de su llegada. Condenado á muerte, le salvó con otros cuatro misioneros el comandante Lapierre, que quería volverlo á Francia. A fuerza de súplicas, no obstante, obtuvo el permiso de detenerse en Borbón, y al momento se dirigió á Macao, donde manifestó su deseo de ir á Mandchuria.

El procurador de las Misiones Extranjeras R. Libois, accedió aunque con pena á sus instancias, y dejó partir este «tesoro de todas las virtudes.» Un tesoro era, en efecto, aquel hombre de asombrosa actividad, rectísimo, de virtud perfecta realzada con la más encantadora amabilidad.

De treinta años de edad el R. Carlos Venault había ya ejercido el santo ministerio en la diócesis de Poitiers, que edificó con la austeridad de su vida. Duro hasta el extremo consigo mismo, suavísimo con el prójimo, ocultando en exterior sencillez la belleza de un alma dotada de eminentes virtudes, debía ser el más atrevido viajero de los Padres de Mandchuria, el más resistente á las fatigas, y soportar durante cuarenta y dos años un clima siberiano, un alimento de anacoreta, y un trabajo de peón.

Este refuerzo llegó á hora propicia, pues á la sazón graves sucesos lanzaban el Extremo Oriente en una fase nueva, y abrían al Catolicismo una era de libertad y progreso. Conviene exponer en breves palabras tales hechos, porque influyeron en la situación de los misioneros y los cristianos de Mandchuria, haciéndola más fácil y provechosa.

Trátase de la guerra conocida con el nombre de guerra del opio, porque tuvo por principal motivo la venta del opio por Inglaterra á China.

Inglaterra encontraba en China considerable salida

para el opio que fabricaba en las Indias, y quería tener la libertad de hacer este comercio; mas China, juzgando el opio una especie de veneno capaz de causar á los chinos mucho daño físico y moral, rehusaba á los ingleses la autorización de vender su mercancía.

La cuestión se agrió, de suerte que en 1840 el Gabinete inglés se decidió á declarar la guerra. Las hostilidades comenzaron en Julio con la toma de Tsin-hai y el bloqueo del río Min y del Yang-tse-kiang, y continuaron, con armisticios más ó menos prolongados y conferencias que no produjeron ningún resultado. Por último en 1842 los ingleses, habiéndose apoderado de Ning-po y de Sanghai, vinieron el 6 de Agosto á tomar posición delante de Nankin.

Esta vez el Gobierno del Emperador comprendió que le era absolutamente preciso tratar, y delegó tres plenipotenciarios: Hi-pu, Nui-kien y Ki-ing con plenos poderes. El 29 de Agosto de 1842 firmaron un convenio los comisarios chinos y el ministro de la Gran Bretaña sir Enrique Pottinger.

Este tratado estipulaba el pago á Inglaterra de una indemnización de 21.000.000 de piastras, la admisión del comercio extranjero en cuatro nuevos puertos: Sanghai, Fu-tche, Ning-po y Amoy, y la cesión definitiva de Hong-Kong á la corona británica.

Francia no se había mezclado en la contienda de los ingleses. Desde la pérdida de sus colonias á fines del siglo XVIII raras veces se veía su pabellón en los mares de Asia.

No obstante, al Gobierno de Luís Felipe le llamaron la atención las concesiones territoriales y las ventajas comerciales concedidas á Inglaterra; é impulsado por la opinión envió á China, con una escuadra al mando de un almirante, una Comisión formada por el Sr. de Lagrenée, algunos delegados comerciales y un inspector de Hacienda. Esta Comisión visitó los más importantes mercados del Extremo Oriente, y recogió gran número de utilísimos informes. Entraba en aquella época en las miras del Gobierno francés fundar un establecimiento comercial y político en los mares de China, y se había elegido primero la isla de Basilan para la nueva colonia. El Sr. de Lagrenée la visitó, y juzgó que llenaba el objeto que se proponía el rey Luís Felipe. Las negociaciones que entonces se tenían con motivo de los casamientos españoles, no permitieron que pasase adelante este proyecto. España, dueño del grupo de las Filipinas, no hubiera permitido la ocupación francesa de Basilan. Las negociaciones con China tuvieron mejor resultado. El 24 de Septiembre de 1844 ajustóse un tratado de comercio conocido con el nombre de tratado de Wampoa.

El artículo 23 estipula que «si, contraviniendo á las precedentes disposiciones, los franceses, cualesquiera que fuesen, se aventurasen fuera de los límites ó penetrasen lejos en el interior, podrían ser detenidos por la Autoridad china, la cual en este caso los haría conducir al consulado del puerto más próximo; pero prohibiéndose á todo individuo herir ó maltratar, en manera alguna, á los franceses así detenidos, para no turbar la buena armonía que debe reinar entre ambos imperios.»

Los sacerdotes quedaban así colocados bajo la salvaguardia solemne de un acto internacional.

Excediendo el límite de sus instrucciones, el Sr. de Lagrenée quiso asociar las Misiones á los beneficios del éxito diplomático que acababa de obtener. «Juzgo digno de Francia y de su Gobierno, escribió confidencialmente al Sr. Guizot, señalar su acción desde el punto de vista moral y civilizador:» y por delicadas negociaciones obtuvo que, á las reiteradas peticiones del plenipotenciario chino Ki-ing, el Gobierno imperial concediese un edicto que empezaba así:

«Habiéndonos dirigido Ki-ing y sus colegas una exposición en la que piden que los que profesan la Religión cristiana con un fin virtuoso sean exentos de culpabilidad, que puedan construir lugares de adoración, reunirse en ellos, venerar la cruz y las imágenes, recitar oraciones y predicar sin el menor obstáculo, hemos dado nuestra adhesión imperial para estos diversos extremos en toda la extensión del imperio.»

Las cláusulas de este edicto se aplicaban únicamente á los cristianos, como se especifica con estas palabras: «De ninguna manera se permite á los extranjeros internarse en el país para predicar en él la Religión, pues las reservas hechas al efecto deben permanecer claramente establecidas.»

El plenipotenciario francés no omitió ninguna de las medidas que á su parecer podían garantizar la publicación de estas disposiciones favorables. Mas no constituyendo un compromiso solemne del emperador Tao-kuang con el Gobierno francés, la concesión del edicto imperial no produjo los frutos deseados, y aun se asegura que todo se redujo á una astucia del comisario Kin-ing.

No nos atreveríamos á sostener esta afirmación de una manera absoluta; pero lo cierto es que este edicto de tolerancia no fué publicado ni cumplido.

El edicto perseguidor de Kia-king, por el contrario, se consideró como código penal del imperio, y mientras que el Gabinete de Pekin observó con bastante fidelidad respecto de los misioneros, durante un período de diez años, el artículo 23 del tratado de Wampoa, el acto voluntario de Tao kuang quedó letra muerta, y las reclamaciones diplomáticas en favor de los católicos chinos fueron casi siempre infructuosas.

Todos estos sucesos modificaron paulatinamente la situación de los misioneros de Mandchuria. Los cristianos pudieron gozar alguna tranquilidad, después de tantos años de persecuciones. La libertad de predicar el Evangelio, aunque incompleta, encontró menos obstáculos.

El venerable vicario apostólico de Mandchuria, ilustrísimo Verrolles, aprovechó este período de calma para venir á tratar en Europa asuntos generales de su Misión, y dar á conocer á los fieles sus esperanzas tocante á los progresos de la fe en una de las más salvajes regiones del Celeste Imperio.

Durante este tiempo el R. de la Brunière resolvió adelantarse hacia el extremo Norte, en medio de las tribus habitantes de las orillas del Sungari, el Ussuri (*V. el grabado de la pág. 128*) y el Sagaliano.

Partió en 1845, exponiendo en estos términos el motivo de su peligrosa expedición:

«El año último hallándome libre de toda administración, y comprendiendo por otra parte que el Leao-tong, por su situación política y la extremada timidez de los cristianos sería largo tiempo una prisión en la que se estrellarían nuestros esfuerzos, creí que convenía buscar un campo más vasto é independiente para nuestro apostolado.»

EN LA COSTA DE ORO

(AFRICA OCCIDENTAL)

DIARIO DEL R. P. GALLAUD

II.—En Elmina

El mercado

PASAMOS al mercado, que dista sólo tres minutos de la vivienda. Allí vemos algunos centenares de mujeres sentadas en el suelo, con un pedazo de tela ceñida á la cintura: los niños, enteramente desnudos, están lactando ó apoyados en las rodillas de sus madres.

Al vernos, algunos se asustan, y en su aturdimiento vuelcan botellas de aceite; mas sus madres les abrazan para tranquilizarles. Hallamos gran variedad de rostros, excepto el repugnante con que se representa á los negros en los libros impresos en Europa. Si lo que se nos pinta como el tipo negro existe en alguna parte, no está representado aquí, por lo menos en toda su fealdad. En la mayoría los labios son más gruesos y las narices más abiertas que entre los europeos; pero creo que fácilmente se hallan rostros que apenas difieren de los blancos más que en el color. No son raros los labios finos y las narices rectas, y aun puedo añadir que no he visto aquí rostro realmente antipático, del que uno aparte los ojos como por instinto.

¿Qué se vende en el mercado? Ante todo frutas, la mayor parte poco conocidas de Europa, pero generalmente de gusto exquisito. Todos los días del año hay bananas. Luego, á su tiempo, papayas, ananas, mangas, naranjas, cocos y otras muchas frutas. No son raros los limones, la caña de azúcar, el pimiento y los alfóncigos. Tampoco falta el pescado; aceites, principalmente el de palma; el pan de maíz y el ñame, y por último huevos y vino de palma.

Este vino, lo mismo que las telas, el tabaco, las pipas, el jabón indígena y el europeo, las bolas de azul, los fósforos y las velas más bien se hallan en los callejones que en el mercado.

Raras veces se ven en él gallinas, y casi nunca carne de reses.

Saliendo del mercado, en quince minutos subimos á una colina desde la que se abarca de una ojeada toda la ciudad. (*V. los grabados de las págs. 137 y 140*).

En la colina

Al subir hallamos negros ocupados en extraer pieдрas, y otros arrancando malezas, pues se ha resuelto edificar en la cumbre de la colina la casa de los misioneros, la iglesia y las escuelas. El P. Legeay no deja

de animar á los obreros, quienes á pesar de todo nunca irán á prisa. Vemos una cisterna en construcción, cosa muy necesaria aquí, y un horno para la cal, que se obtiene quemando mariscos.

Desde lo alto de la colina se ve el mar y la ciudad. A derecha tenemos el Beyah, especie de riachuelo ali-

El cementerio

Al entrar vemos desde luego que todos los blancos allí enterrados (casi no hay en este cementerio sino blancos ó mulatos) han muerto jóvenes. Cuéntanse gobernadores, oficiales y negociantes holandeses, y algu-



ISLA DE LOS PINOS.—Kuaute. Gruta de los Manguemenes. (Pág. 134)

mentado por el mar: sube y baja con la marea, y como se comprende, no podemos contar con él para guisar ó beber. En la orilla izquierda, en que abundan los cocoteros, hay la población nueva, compuesta casi exclusivamente de chozas de tierra cubierta con hierbas ú hojas de palmera. La ciudad antigua ya no existe: fué bombardeada y enteramente destruída por los ingleses, sin que haya quedado de ella piedra sobre piedra.

Más cerca del mar y en la izquierda de la laguna, hay lo que pudiera llamarse el barrio de los blancos, pero en la actualidad habitado también por negros: las casas, que caen arruinadas, conservan todavía señales de su antiguo esplendor del tiempo de los holandeses, cuando Elmina era puerto franco.

En una plazuela hay una capilla coronada por una cruz. No es la iglesia de los católicos, que ¡ay! no existe aún, sino la capilla de los wesleyanos, que entraron en Elmina con los ingleses. Aunque no grande, es elegante, y cuando los católicos tengan otra igual podrán darse por muy satisfechos.

Bajemos de la colina, y veamos el cementerio que está en su base.

nos oficiales ingleses. Corto es el número de los que han alcanzado la edad de cuarenta años. La mayor parte no han pasado de treinta. Casi todos son protestantes.

Los católicos, sin embargo, están también representados. En sólo tres años dos de los cuatro Padres venidos aquí han hallado un sepulcro bajo esos grandes algodones. Uno murió á los dos meses de permanencia en estos lugares, y otro al cabo de veintiocho días. Este, de constitución robusta y que nunca había estado enfermo, sucumbió á una calentura de pocas horas. Junto á ellos descansa el Sr. Brun, agente consular de Francia y Holanda, uno de los pocos hombres blancos que se han casado en la Costa con una mujer indígena. Quiso vivir y morir como buen cristiano.

Desde que hice aquella visita otros tres Padres han encontrado allí su última morada. Uno vivió ocho meses en la Costa, otro seis, y el tercero dos.

No he contado los dos que murieron en el mar, y hallaron su tumba en el seno de las aguas. Los que quieran vivir largo tiempo no pueden pensar en venir aquí.

En la Misión

Aunque no hemos ido muy lejos, volvemos fatigados, y abrasado el cuerpo. Los más intrépidos advierten muy pronto que no se hallan en Europa.

Muchos negros y sobre todo negras están en cuclillas delante de su choza, trabajando verdaderamente como negros, pues no hacen nada, y con dificultad entablan conversación con sus vecinos. Esta indolencia asombra á los recién llegados, les irrita, y no olvidan repetir cien veces al día que todos los negros son holgazanes. Aguardad, amigos míos, aguardad á saber exactamente de lo que sois capaces aquí. Dentro pocos meses os veréis obligados á reconocer que si los negros trabajan poco de manos, los blancos aún menos. Así lo exige el clima.

A nuestro paso nos saludan, algunos en inglés, pero más frecuentemente en la lengua indígena, que es el fanti. Los niños suelen añadir: «Dame dinero.»

Por fin, henos ya de regreso á la Misión, edificio que debió ser regular en otro tiempo, á lo menos para este país. Es de piedra y tiene un piso y una *veranda* ó galería. (*V. el grabado, pág. 137*). Por desdicha está

Estamos en la estación menor de las lluvias (Octubre y Noviembre), y nos vemos en la precisión de cambiar á menudo los objetos de lugar para que no se mojen. Nos consideramos dichosos cuando la lluvia no nos sorprende dormidos. ¡Cuántas veces nos despertó sobresaltados el agua que inundaba nuestro lecho!

Visita de las clases

Las escuelas están relativamente florecientes. Se inauguraron apenas dos años ha, y ya cuentan un centenar de alumnos, que son la principal esperanza de la Misión, pues á todos se les enseña el Catecismo.

En esta Costa, donde hace cuatro siglos hay europeos, y donde casi todos los jóvenes ambicionan ser empleados del Gobierno ó de una casa de comercio, nada mejor que una escuela económica para atraer alumnos. La nuestra es absolutamente gratuita, y á esto se debe que abandonaran la escuela wesleyana buen número de muchachos, que ahora aprenden en nuestras clases.

Al entrar en ellas advertimos que no todos los niños son negros, y aun en ciertos bancos forman una especie de arco iris. Si la variedad de colores es grande, no lo es menos la de trajes. Uno lleva por todo vestido una



ISLA DE LOS PINOS.—Kaneneré. (*Pág. 135*)

cayendo en ruinas, y ya ha quedado reducido á la mitad. Cuando llueve el agua entra á torrentes, pues es imposible tapar las goteras que continuamente se hacen en el techo.

Un extremo de la galería sirve de capilla. Las clases están diseminadas arriba y abajo, como se ha podido.

camisa más ó menos larga y más ó menos limpia; otro un pantalón cuyo color primitivo ya no se conoce; éstos se cubren con una larga vesta, y aquéllos con una tela más ó menos transparente. La mayor parte, empero, visten el traje del país, que se reduce á unas enaguillas de percal.

Al lado del hijo del rico negociante siéntase á veces el hijo de su antiguo esclavo. Es una especie de igualdad como cualquier otra, y que difícilmente sería adoptada en los países en que todos los hombres nacen iguales.

LOS HIPOGEOS DE LA ISLA DE LOS PINOS

(NUEVA CALEDONIA)

ESTUDIO DE ARQUEOLOGÍA PAGANA

POR EL P. LAMBERT, DE LA SOCIEDAD DE MARÍA

IV

Gruta de Kuauete.—Lugares de los sacrificios

HE aquí una gruta asaz exigua y de carácter nuevo, atendidos los singulares recuerdos que suscita. (V. *el grabado de la pág. 132*). El paisaje es muy pintoresco. En este rincón solitario y silencioso de la isla, todo atrae hacia lo misterioso y sobrenatural: en él hemos hallado muchos recuerdos supersticiosos. Para llegar á esta gruta tuvimos que andar por una playa de arena blanca, lavada dos veces al día por las aguas del mar, y bordada á cada lado por un bosque de pinos columnarios.

La imaginación de los naturales vió en estos islotes de marea alta una serpiente, llamada Manguemene, que frecuentaba la gruta. Cierta día el reptil cambió la piel, y de su envoltura salió un ser mítico, que no era hombre ni espíritu de tal. Tenía, no obstante, rostro humano, pero con las articulaciones invertidas; los codos dentro de los brazos, y las rodillas en lugar de los jarretes: sus pies eran pequeños, y tenía los ojos en la parte posterior de la cabeza. Unos afirmaban haber visto en la arena la huella de su pie, y otros pretendían haberle oído silbar, pero al ojo del hombre no le era dado verle.

Este ser misterioso fué objeto de un culto análogo al que ofrecían á los manes de los antepasados, y de él la familia Ti-Koie conservó siempre el monopolio. Cuando los miembros de esta familia se proponían ir á la pesca, ó proyectaban un viaje marítimo, componían un paquete con ciertas hierbas en las cuales ponían una serpentilla de agua, mojaban el paquete en el agua del mar, tomaban algunos sorbos, y pedían que el viento fuese favorable, el mar tranquilo y la pesca abundante. Con el mismo objeto colocaban cerca de la gruta, como ofrenda, ñames adornados con plumas de aves. Al regresar del viaje ó de la pesca, acudían otra vez á ofrecer pescado para hacerse propicio el genio. A dos pasos de la gruta hay una peña cubierta de arbustos. El viajero que visita este lugar por primera vez, debe suspender de las ramas una ofrenda para evitar las maldiciones del genio. Así no es extraño que todos aquellos arbustos estén cubiertos de recuerdos de esta clase.

Si recorriésemos la isla, cerca de cada pueblo hallaríamos el hipogeo de alguna familia principal, con su correspondiente historia maravillosa. Este paseo se nos haría monótono, y así pondremos fin desde ahora á

nuestra descripción de los hipogeos, y nos limitaremos á hablar de los lugares que le están anejos, que lo son de oración y sacrificio: el indígena los apellida en su lengua *ko-viare* (para orar), *ko tsitere* (para la ofrenda).

Por lo dicho puede comprenderse que el hipogeo sagrado tiene tres compartimentos: el sitio de la sepultura de los antepasados, el depósito de sus cráneos y el lugar de los sacrificios. Este último se confunde frecuentemente con el depósito de los cráneos; por lo menos está muy próximo á él. El sacerdote de la familia, que lo es comúnmente el anciano, el hombre importante, puede dirigir las súplicas á los antepasados en todas partes: en el hipogeo, en el depósito de los cráneos y en el sitio de los sacrificios cuando las ceremonias lo exigen, esto es, cuando se trata de oraciones solemnes. Teniendo sus amuletos puede orar en cualquier parte. Como los amuletos son un conjunto de cabellos, dientes y otros objetos de sus difuntos, mezclados con diversas plantas consagradas por la familia, por medio de ellos juzgan pueden ponerse en relación con los antepasados cuando las circunstancias lo exigen.

El estudio del hipogeo sería defectuoso si no se insistiese sobre el lugar de los sacrificios. En el centro de este lugar se planta y cultiva con esmero un arbusto, que en todos es de la misma clase. Junto al árbol sagrado hállase el hogar con vasijas y piedras para cocer debajo de la ceniza el alimento reservado á los difuntos. También hemos encontrado allí piedras sagradas sirviendo de *mediums* á los evocadores en sus peticiones.

No todos los que tienen el cargo de pedir gozan de los mismos privilegios. Tal familia tiene su correspondiente lugar para hacer la lluvia; tal otra para hacer brillar el sol y atraer sus benéficos rayos sobre los frutos del suelo. Otra ruego para obtener buena cosecha de ñames. Esta para que la tribu tenga feliz éxito en una guerra. Aquélla vela por las piraguas que van á aventurarse en las olas del mar. Nunca acabaríamos si quisiésemos enumerar todas las especialidades. Familias hay que tienen el monopolio de varios poderes.

Con frecuencia colócase el *ko-tsitere* en una posición propicia al favor que desea obtenerse. Así para tener buena pesca instalan el depósito de los cráneos cerca de la playa, frente del mar, ó en los islotes, para que el espíritu de los antepasados pueda seguir más de cerca á los pescadores en sus excursiones.

Cuando se trata de obtener buena cosecha, ó lluvia favorable en tiempo de sequía, instálase el lugar de la oración en un bosque cerca de una llanura destinada al cultivo. Tal es el abrigo debajo de la roca de Kanenere, de que vamos á tratar.

En una de nuestras excursiones seguíamos tranquilamente los linderos de un bosque junto al cual había una plantación de ñames. De pronto desaparece mi cicero negro, y vuelve luego con aire triunfante. Me conduce frente de una roca, en cuyas asperezas había cuatro cráneos alineados. ¡Cuál no fué mi sorpresa al ver algo más adelante, frente de los cráneos, una piedra labrada, de unos veinticinco centímetros de longitud, recién colocada sobre hojas de helecho todavía verdes! No cabía duda, el evocador estaba allí en ejercicio; quizá le habíamos interrumpido, y al acercarnos

huyó al bosque. A pesar de nuestras investigaciones no pudimos dar con él, y nos llevamos la piedra como recuerdo. El dibujante copió al natural el pintoresco paisaje, que perdía su gracia con la presencia de los cráneos, que no pueden mirarse sin experimentar penosa impresión. (*V. el grabado de la pág. 133*).

En otro bosque, no lejos de una gruta llena de osamentas, descubrimos una hendidura ocultando cráneos cubiertos con una gruesa piedra pómez. Nos aseguraron que se acudía á orar allí maliciosamente para alejar los peces de las aguas del mar en aquellos contornos.

El simbolismo, que domina en las costumbres de nuestros indígenas, nótase también en los maderos de los hipogeos. Un palo duro figura la fuerza: otro que domina por su longitud los restantes fijados cerca de los difuntos, expresa el voto de que la familia sea más poderosa que las otras, que tal jefe goce de mayor crédito que su rival, y sea asaz fuerte para dar al traste con todos los proyectos de sus competidores. Ese palo, más alto que los otros, solicita asimismo la gloria y la influencia de la tribu sobre todas las demás. Obtenido el favor, los palos de los hipogeos quedan en su lugar, para recordar á los miembros de la familia el poder de los antepasados. Nuestro dibujo de la pág. 133 da una idea exacta de la forma de estos palos y de la manera como los clavan.

OBRA DE LOS SELLOS DE CORREO USADOS

El R. P. Enrique Valentín desde Lieja (Bélgica) nos ha remitido para su inserción la siguiente hoja:

Fines de la Obra de los sellos de correo usados

LA Obra de los sellos (estampillas) de correo usados, establecida en el Seminario Mayor de Lieja (Bélgica), se ha propuesto, para la mayor gloria de Dios y de las almas, reunir recursos para auxiliar á los misioneros que evangelizan el Congo (Africa Central), permitiéndoles construir nuevas aldeas, hogares de religión y civilización.

Sus medios

Para alcanzar este noble fin, la Obra de los sellos usados recoge:

1.º Sellos (estampillas) de correo, de telégrafo, etc., usados. Aunque todos los sellos sean útiles, se suplican especialmente los antiguos, ya fuera de curso, que se encuentran fácilmente rebuscando correspondencias de fecha muy atrasada, así como los sellos jubilares. Es muy útil que los sellos *antiguos* sean enviados conservados con su sobre, si es posible.

Rogamos también á los bienhechores no estropeen ni desgarran los sellos.

2.º Fajas (bandas) y sobres con el sello (estampilla) de correo impreso en el papel. Que nuestros bienhechores tengan á bien enviarnos unas y otros enteros si es factible.

3.º Tarjetas postales enteras si se puede.

N. B. Los envíos han de hacerse como carta por el correo ó para grandes remesas, por el ferrocarril ó por vapor como paquetes postales, ó como mercancías donde aún no se haya organizado este servicio.

Favores espirituales

Todos los bienhechores de la Obra participan de los favores espirituales siguientes:

1.º Un recuerdo especial en el *Memento* de todas las Misas que celebran los misioneros de la Congregación del Corazón Inmaculado de María;

2.º A perpetuidad, el primer viernes de cada mes, se celebra una Misa por todos los bienhechores vivos y difuntos;

3.º A perpetuidad también, el 3 de Noviembre de cada año, se celebra una Misa solemne por el descanso del alma de todos los bienhechores cuyos nombres están y estarán escrupulosamente inscritos en los registros de la Obra.

4.º Los bienhechores que lo son también de la Obra de la Propagación de la Fe, ganan, cada vez que cooperan á nuestra Obra, una indulgencia de siete años y siete cuarentenas.

Resultados obtenidos hasta el día.—1890-1897

Merced á la gracia de Dios, sin la cual nada es posible, y merced también al celo infatigable de todos nuestros bienhechores:

1.º Hemos podido fundar en el Congo la aldea cristiana llamada San Trudo. Acerca de este pueblo, he aquí el resumen de la carta enviada desde San Trudo mismo, en la fiesta de la Ascensión de Nuestro Señor de 1896, por el R. P. Carminj. Después de haber narrado la fundación de San Trudo y las muchísimas dificultades de todo género ya vencidas; después de haber dicho como él mismo evangeliza ahora dicho pueblo con el R. P. Jans, el R. P. Carmijn prosigue: «San Trudo se halla situado sobre una pequeña colina separada del Lubi por una llanura de unos 600 metros. Está rodeado de otras colinas bastante elevadas. Las orillas del Lubi son de vegetación frondosa. El río tiene una rápida corriente en zigzags y no es navegable, con una anchura media de 40 metros, dirección de Sur á Norte. Cerca de San Trudo se hallan varios pueblos paganos: Moteba, Ngongo y otros. Sus habitantes son amigos nuestros, hasta el punto de que les damos á guardar nuestras gallinas y cabras.

«El terreno de San Trudo es ligero. En el bosque es arcilloso, y allí fabricamos los ladrillos. Produce yuca de buena calidad. Hemos tenido excelente cosecha de judías indígenas muy buenas. Las batatas dulces crecen muy bien, así como el mijo y el maíz en el terreno bajo. Lo mismo ocurre con las ananas, bananas y palmeras. Nuestra huerta europea no ha producido muchas legumbres este año; acaso se deba á ser muy viejas las simientes. San Trudo es la región del café y de la viña congoleza. El café es excelente y se encuentra en el bosque. Las uvas son negras, pequeñas y carecen de jugo. ¿Serán verdaderas viñas? Los sabios no lo han dicho todavía.

«Aunque el terreno que ocupa San Trudo no sea fértil, es fácil adquirir gente y víveres en las inmediaciones. A tres jornadas de distancia hay una ciudad inmensa que viene á vendernos cuantas personas deseamos. Pero hay que andar con tiento en la compra, por miedo de que haciéndose muy populosa de repente la

Misión, haya dificultad para alimentar á todos y el hambre los haga huir.

«Tenemos las primeras construcciones necesarias: casa-habitación antigua y nueva con almacén y oratorio; capilla, taller, tejar y horno de ladrillos, salas de catecismo y 150 casitas de paja, que más tarde podrán hacerse de adobes ó ladrillos. La capilla no está, como he dicho, terminada. Tendrá 18 metros de largo, 8 de ancho y 6 de alto. Los muros estarán á buena altura cuando esta carta llegue á sus manos. Son de ladrillo, con tejado de hierbas finas.

«Tan pronto como este edificio se halle terminado, bautizaremos á los adultos. Aquí la mortalidad es insignificante.

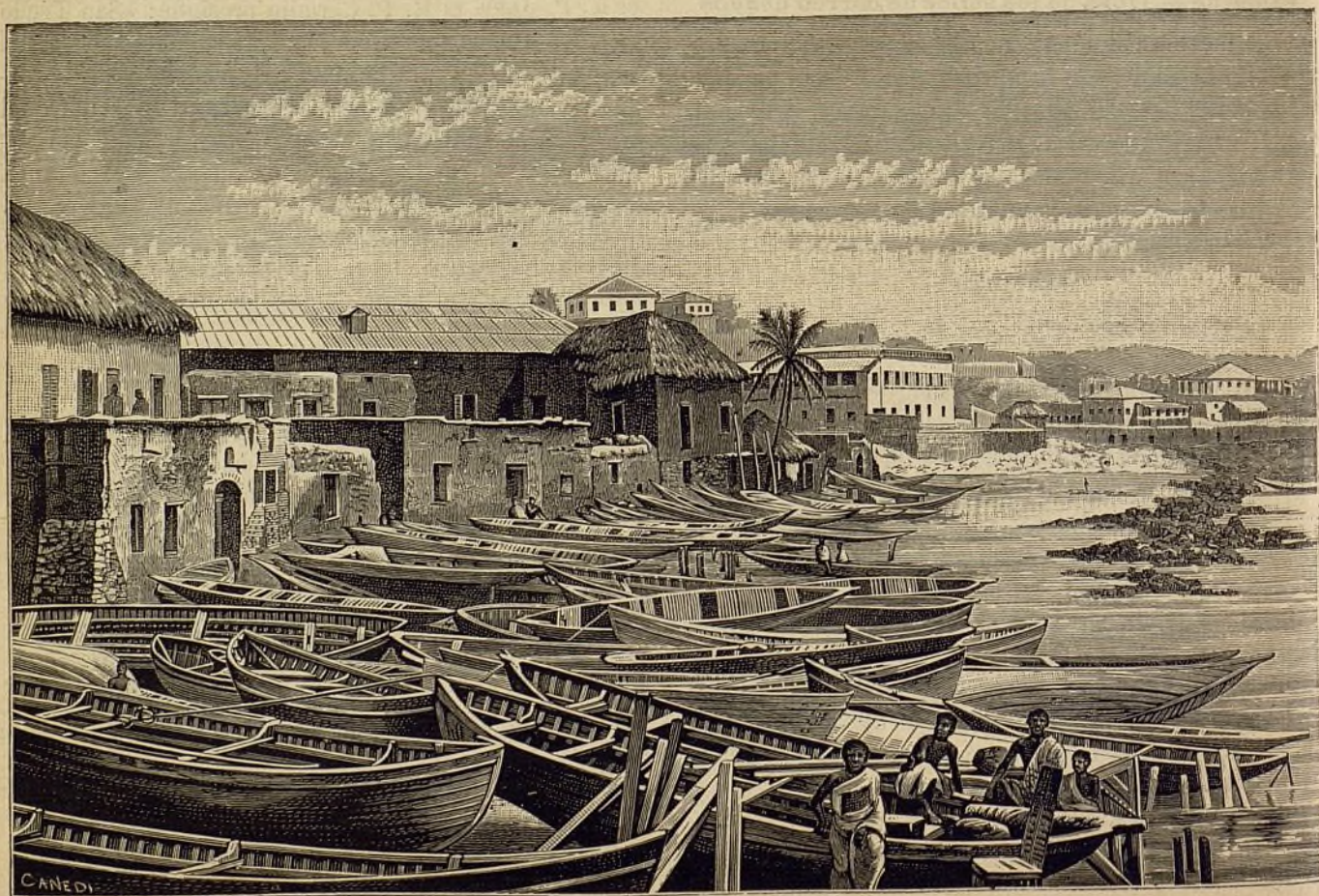
«La vida en San Trudo es la siguiente: los misioneros se levantan á las cuatro y media. Momentos antes de la Misa de las seis y al sonido de un cuerno (esperamos tener pronto una campana) toda nuestra gente sale para rezar, los niños delante del oratorio, y los mayores en dos grupos, en el patio central estando los hombres separados de las mujeres.

«A las siete, toque de tambor, formación en tres filas de niños, hombres y mujeres. A cada cual se le distribuye el trabajo hasta medio día. La Misión se convierte entonces en un animado hormiguero. La sierra de los aserradores, el martillo y el fuelle de los herreros, el cepillo del carpintero, el telar de los tejedores, el mortero del indígena que tritura y muele la yuca, todo produce una armonía, ingrata al oído, pero de buen efecto para el humor de todos. La selva inmediata al Lubi resuena al golpe de las hachas. Al caer un

árbol, todos son gritos de alegría. Los ladrilleros producen un ruido sordo al llenar sus moldes.

«A las diez y media se da á los niños lección de Catecismo; á las once, las mujeres, de vuelta del campo, reciben instrucción. A las once y media cesa el trabajo, que se reanuda á las dos y media; las mujeres no trabajan por la tarde. Los hombres aprenden el Catecismo y después trabajan. A la seis termina la tarea, y rezan todos como por la mañana, en grupos.

«Muchas noches, nuestra gente da una serenata congolesa, alternando un grupo de hombres y otro de mujeres. El canto, acompañado de danzas, tiene solo y coro. Los tambores, los grandes pianos (un teclado colgado al cuello del tañedor), teclas de 40 á 60 centímetros de largo por 6 ú 10 de ancho y 4 de espesor, se tocan con unos palitos provistos de una bola de caucho; los cascós, ó sean unos cestos en forma de cascós de caballo, cerrados y que contienen unos guijarros y avellanas secas que se sacuden para dar la cadencia de la pieza; los instrumentos de cuerdas; los pianitos con teclado ancho como dos manos, todo esto constituye la serenata congolesa del país y de San Trudo. Es un verdadero regalo para los oídos del negro. Cuando han bailado y sudado mucho, conviene que el misionero, como cariñoso Padre y riquísimo señor de sus hijos, les arroje un puñado de perlas. Caen éstas, y el ruido cesa; los pies y las manos no se agitan ya para bailar, sino para buscar las perlas entre la arena. Las hogueras de paja iluminan el patio, y gritos de alegría suben hasta las colinas próximas. A las nueve, al sonar el cuerno, dispersión general, silencio y sueño.»



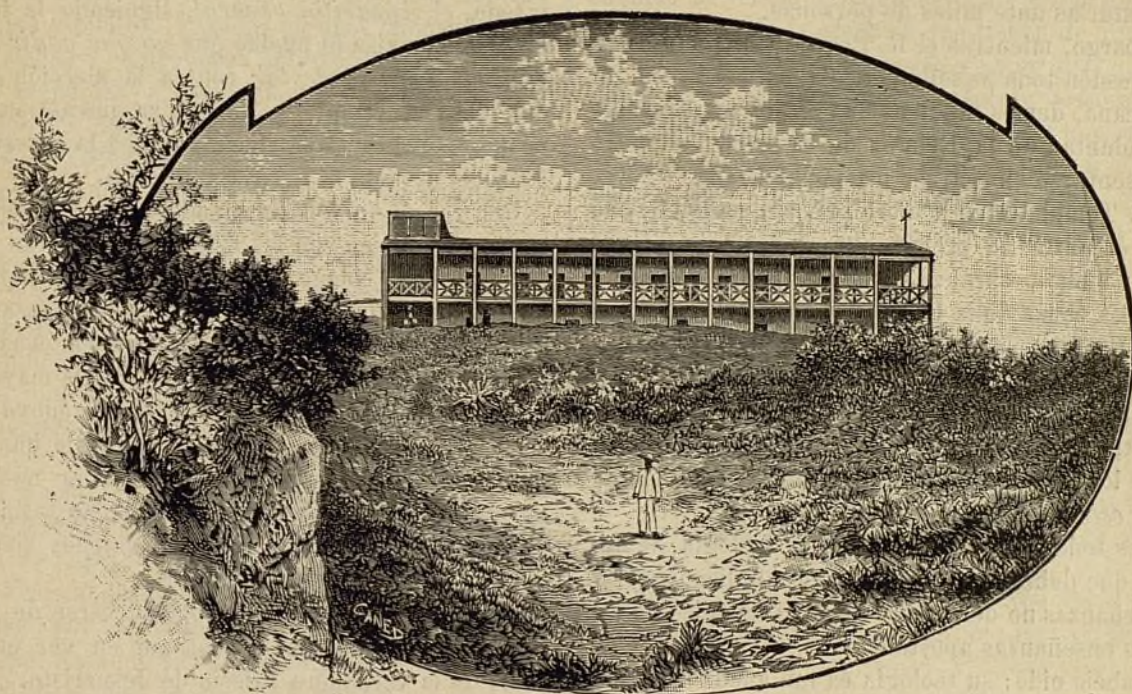
COSTA DE ORO.—Puerto de Elmina. (Pág. 131)

2.º Pero la Obra de los sellos usados ha creído que no sería inútil para su objeto ocuparse especialmente en algunos niños negros. Al llegar á hombres, estos niños serán de la mayor utilidad para convertir á la verdadera fe á sus hermanos, sumidos aún en las tinieblas, predicándoles la caridad de los cristianos y la bondad de Dios. Con este fin, la Obra de los sellos entrega cada año la suma necesaria para la instrucción de dos negritos arrancados á la esclavitud, que son educados con algunos otros por el R. P. Van Impe. Dentro de algunos años serán poderosos auxiliares para la cristianización del Congo.

3.º La Obra ha resuelto fundar un nuevo pueblo en el Congo, que llevará el nombre de San Lamberto, cuyo

leve. Aunque no brillase por un talento excepcional, era prudente en sus resoluciones, y no perdonaba sacrificio para honrar su posición. Conciliador en las maneras, afable y popular, poseía un tacto, por decirlo así, casi diplomático, y además una actividad y constancia no común para sostener y apuntalar el ruinoso edificio que se le había encomendado.

Su sucesión ha tocado en suerte al Dr. Temple, quien fué muchos años obispo de Londres, y cuenta ahora setenta y cinco años. Ha sido *elegido* por el decano y Capítulo de Cantorbery, quienes si no hubiesen votado según la voluntad públicamente proclamada por la Reina y el Gobierno, se hubiera expuesto á tremendos rigores. Su confirmación por parte de una Comisión Real



COSTA DE ORO.—Misión de Elmina, vista desde el pie de la colina Sur. (Pág. 133)

duodécimo centenario ha sido celebrado con solemnísimas fiestas durante el mes de Septiembre pasado. Hasta el día no tenemos recursos para empezar su fundación, pues no podemos desatender el sostén, y á ser posible, el fomento de San Trudo; pero tenemos puesta toda nuestra confianza en la gracia de Dios y en el celo de los cristianos.

Los bienhechores pueden enviar sus remesas directamente á la Obra de los sellos usados establecida en Lieja, ó al agente de la misma Obra en España D. Ramón Rodríguez Estévez, Pbro. calle Mesones, 58, Granada.

EL NUEVO PRIMADO ANGLICANO

La decisión de la Santa Sede sobre nulidad de las ordenaciones anglicanas probablemente será causa en Inglaterra de importantes evoluciones futuras. Su primado Dr. Benson ha muerto de repente en la iglesia del castillo de Hawarden, á donde había ido para visitar al Sr. Gladstone. Su pérdida, como dice *La Civiltà Cattolica* en su número de 20 de Febrero último, no es

compuesta de obispos, no obstante objeciones suscitadas por razón de sus propensiones darwinianas, ha dado origen á casos curiosos, pero no sorprendentes. En efecto, en la ceremonia de la toma de posesión en Cantorbery, cuando el Dr. Temple, revestido de las insignias episcopales, iba á subir al trono, el R. Brownjohn, exclamó:

—Señoras y señores: ese hombre que sube hoy á la cúspide del poder eclesiástico es del todo indigno de ocupar tan alto puesto. Es acérrimo partidario de la doctrina de la evolución, doctrina que, como sabéis, es incompatible con el libro del rezo común y con los artículos de nuestra Iglesia.

¡Pobre del Rev. Mr. Brownjohn si hubiese hecho esa protesta fuera del sagrado recinto! Pues á fe que no hubiera faltado allí quien se le echara encima y castigara á puñetazo limpio su increíble insolencia. Mas los puñetazos no están bien en el templo, como tampoco lo están los silbidos, los gritos de indignación, las voces: «¡Al orden! ¡al orden!» Con todo, á estas últimas señales de desaprobación acudió sin escrúpulo aquella masa compacta de protestantes, dando á entender con

eso que poco ó nada importa la ortodoxia de las creencias hasta para ser jefe de la Iglesia anglicana.

Empero el R. Brownjohn, que protestó tan solemnemente, cumplió con un deber de conciencia, y además se conformó escrupulosamente con una de las prescripciones del Ritual. En efecto, uno de los requisitos del ceremonial para la instalación de un obispo, es que se ha de preguntar al público si tiene algo que decir en contra del elegido. Según eso, el llamado *Apparitor general* gritó con toda la fuerza de sus pulmones:

—El que sepa algún impedimento por el cual no se debe proceder á la instalación del Dr. Temple, que hable y será escuchado.

Mas ya se ha visto lo bien que se le escuchó á ese hombre de convicciones profundas y que tuvo el valor de manifestarlas ante miles de personas.

Sin embargo, mientras el R. Brownjohn aguanta con olímpico desdén toda aquella ridícula explosión de cólera anglicana, demos nosotros una ojeada al personaje que por voluntad de la Reina y de su primer ministro acaba de sentarse en el trono primacial de Cantorbery.

Del Dr. Temple como hombre privado, nada hay que decir. De él afirma la prensa que es leal ciudadano, entrañable amigo, excelente esposo, padre solícito y ejemplar. La causa de la templanza ha tenido en él uno de los defensores más ardientes. Ha sido también noble patrocinador de la educación de las masas; y por más que haya sido siempre anglicano hasta los tuétanos, á su tiempo trabajó más que todos en quitar de encima de los pobres irlandeses el yugo tan pesado de la *Iglesia establecida*.

Bueno es todo ello; pero ¿cuál es la teología de ese personaje que debe ser el oráculo del Anglicanismo, y cuyas enseñanzas no deben discrepar ni un ápice de las venerables enseñanzas apostólicas?

Ya lo habéis oído: su teología es tan ancha que admite en su seno la doctrina de la evolución ó del Darwinismo, que hace descender al hombre del mono. La Biblia no le merece mucha fe que digamos. Para él «la voz interior (*the inner voice*)» es la regla y autoridad suprema de la fe y de la moral. De los milagros contenidos en el Antiguo Testamento afirma sin ambages ni rodeos que «no pueden ser probados,» ya que no se sabe «hasta qué punto la historia se confunde con la poesía.» Sus dudillas también tiene acerca de los milagros del Nuevo Testamento, de los que dice que pueden no ser milagros «en el sentido científico.»

«Por ejemplo, añade, la curación milagrosa de los enfermos puede ser sólo un efecto del poder de la mente sobre el cuerpo, poder que indudablemente no ha sido todavía reconocido como perteneciente á la ciencia, pero que, sin embargo, puede estar realmente al alcance de ella.»

Sí, ni más ni menos. El mismo Jesucristo dice en el santo Evangelio que sus obras de dar la vista á los ciegos, el oído á los sordos, el habla á los mudos, etc., son obras que hablan elocuentemente de su divinidad; y el R. Dr. Temple, primado de la Iglesia de Inglaterra, y sucesor legítimo (!) de los Santos Apóstoles, sostiene que no hay tal cosa; pues esas mismas obras prodigiosas pueden sólo ser efecto de la ciencia, siguiéndose de ahí que aquel que se llamaba á sí mismo Dios é Hijo de

Dios, y que probaba eso mismo con los milagros, engañaba miserablemente á la gente. ¿No se desprende acaso tan horrible blasfemia de las mismas palabras del Dr. Temple? Y pues ese hombre ha sido entronizado en la sede primacial de Cantorbery, ¿no se puede por ventura afirmar que en esa misma sede ha sido entronizado también el Racionalismo?

Mas volvamos al R. Brownjohn, que hemos dejado protestando contra la instalación del Dr. Temple. El *Apparitor general*, conformándose con la letra del ceremonial, torna á preguntar si hay algo que decir en contra del Primado electo. El R. Brownjohn salta otra vez de su asiento, y repite aún más enfáticamente su protesta anterior. Sus palabras son recibidas de nuevo con muestras inequívocas de disgusto é indignación. Así y todo, el *Apparitor general*, siguiendo la lectura ya empezada, avisa al pueblo que *ya que nadie se ha levantado para protestar* contra la elección é instalación del Dr. Temple, es tiempo ya que ascienda al trono arzobispal de Cantorbery y reciba la investidura del Primado de toda la Iglesia anglicana.

Con eso se dió por terminada la farsa, y terminemos nosotros también con las siguientes palabras de nuestro apreciable colega *The Southern Messenger*:

«Si se pregunta por qué la Iglesia anglicana permite que un prelado como el Dr. Temple sea constituido su primer Pastor, se responderá que, ó á la mayoría no se le da nada que ése sea un cristiano ortodoxo ó heterodoxo, ó que esa misma mayoría no puede impedir tales nombramientos, que emanan del primer ministro, son aprobados por la Reina, y luego quedan ratificados por el dean y Cabildo de la catedral, quienes siempre eligen al candidato del Gobierno.»

Siendo esto así, hay que compadecerse de la Iglesia anglicana y de los que se obstinan en ver en ella una rama de la verdadera Iglesia de Jesucristo.

FUNERALES Y LUTO ENTRE LOS CHINOS

Las demostraciones de dolor y sentimiento que los chinos hacen por la pérdida de algún pariente, los innumerables actos supersticiosos que ejecutan en su muerte, el riguroso luto que gastan, son otros tantos puntos que merecen algún examen, ya por la curiosidad que ofrecen, bien por las extravagancias que revisten, por do se ve claro á donde puede llegar en sus extravíos la humana razón privada de la lumbre de la fe, que le demuestra el camino de la verdadera doctrina.

ENFERMEDAD.—Cuando alguno cae postrado en el lecho del dolor, además de ponerse en ejecución todos los medios que están al alcance para librarle de su dolencia, si amenaza grave peligro se le asiste día y noche con sumo cuidado hasta dar el último suspiro; y si el peligro se prolonga y los humanos medios no dan resultado alguno, se invita á un mago de profesión ó espiritista que exorcice los malos espíritus y los eche del cuerpo del enfermo (1).

(1) Creen comúnmente, cuando el enfermo es joven y la enfermedad se prolonga mucho y las medicinas no surten efecto, que algún mal espíritu ha entrado en sus venas y le chupa la sangre.

El exorcista mago sale echando delante de sí una comitiva de la misma profesión (discípulos), que entre los sonidos y retumbos de bombos y tambores conducen un idolillo y una arca que contiene las vestiduras de éste. Llegando á casa del enfermo, colocan el ídolo en un lugar eminente, y el arca sobre una mesa; y después de haber tomado una parva de vino y te, empiezan la ceremonia demoníaca. La comitiva se pone á enrollar papel en forma de barquillos más gruesos que los que ordinariamente usan para encender la pipa (1). Luego el exorcista, tomando otro papel agujereado y propio del culto con las varillas de incienso y cohetes, y quemándolo en honor del ídolo, saca del arca las vestiduras del mismo ídolo y se las pone. Convertido en ídolo y reconocido como tal por todos los asistentes, se sube al lugar eminente, y al par del otro ídolo empieza á invocar los espíritus. Pasados algunos momentos los espíritus vienen y se apoderan del espiritista, mostrándose con sacudidas y convulsiones y aspavientos y espumarajos que dan espanto. La terrorífica escena pasa en la sala. Todos los domésticos que se hallan presentes, en llegando á este momento, dejan la sala con el endemoniado y sus discípulos, porque una vez poseído se baja de su altar, y con espada en mano hiere sin duelo acá y acullá, toma tinta y se embarra la cara, poniéndose tan negro como un condenado del infierno, con otras muestras de furor propios de sus compañeros de maldad que en aquel lugar moran. Después de tan terrible momento el energúmeno se sosiega, y subiéndose otra vez al trono de donde se había bajado, se sienta con mucho tono: los domésticos vuelven al escenario. El farsante enciende uno por uno los gruesos barquillos de papel, y encendidos y echando llama se los engulle hasta quemarse la barba y despedir llamas de vivo fuego por los sobacos y el pecho, y otras partes de su cuerpo. Estando en tal postura, sacan al enfermo delante de él, el cual le adora de rodillas, ó si él no puede, lo hace otro en su lugar. El hombre-diablo comienza en idioma obscuro á declarar al enfermo las causas de su dolencia, añadiendo que tal ó cual espíritu malo se ha metido en ésta ó aquella ó la otra cosa que él ha comido, tocado, visto ú oído, etc., y que para que sane de su enfermedad es preciso abatir ese mal espíritu y hundirle y matarle. Y dicho y hecho: baja de su altar, sale de casa corriendo como un desesperado, y anda leguas (á veces á carrera tendida), y sin descansar hasta dar con la cosa que dice que ha sido causa de la enfermedad. Allí da y hiere y mata, así sea un árbol ó canto pelón, ó molino de viento, hasta humillar á tal espíritu, hundirle y enterrarle. Vuelve otra vez como ha ido, corriendo á más no poder, entra de nuevo en la sala, toma una escudilla de agua y un celemín de arroz y dos palos de caña enaspados y llenos de chapecas enhiladas, maldice el agua, y con aquellos palos la revuelve una y muchas veces, y al fin se la da á beber al enfermo, diciendo al propio tiempo el pronóstico de su enfermedad con rodeos enigmáticos, é imponiéndole,

le, para cumplirla cuando sane, alguna penitencia, que siempre se reduce á dar especial culto á algún ídolo.

Acabado el pronóstico, el frenético advierte que el espíritu *poseyente* va á partirse, y entra poco á poco en un profundo estupor, que parece dejarle privado del sentido por más de media hora, tiempo en el cual los que le acompañan tienen cuidado de sujetarle para que no se lastime. Entre tanto despierta, y el mayor de casa á nombre del enfermo, postrado le adora y quema papel, etc. El energúmeno, vuelto en sí de su letargo, se quita las insignias de dios-farsa, y con la misma comitiva y algazara que vino se vuelve á su casa. El enfermo sana ó muere, como había de suceder.

Decíamos que cuando amenazaba grave peligro y la muerte tocaba á los umbrales, día y noche con sumo cuidado se velaba al enfermo hasta el postrer suspiro. Procede esto de la creencia que tienen de que en aquel momento se revela el respeto y amor filial de los hijos é inferiores, ordenándose por secreto destino de lo alto que el que en vida fué caritativo con el que va á morir, el cielo le conceda verle cerrar los ojos á la luz de la vida; y por el contrario, queda privado de tal favor el que en vida guardó poco respeto y sumisión al que se halla penando.

MUERTE.—Cuando el enfermo quiere exhalar el último aliento y no puede ofrecerse duda de que está muriendo, le sacan del lecho en que yace y le tienden en el suelo en duro tablón para el caso prevenido, porque morir en la cama es tenido por de mal agüero y principio de infelicidad para la familia, y la casa se considera ocupada del demonio y nadie se atreve más á dormir en ella. Luego, en expirando, toda la familia acude al cuarto del difunto, y unos naturalmente y otros con fingimiento, todos lloran y se lamentan, y dan de cabezadas en el suelo, y saltan y brincan, y hacen otras demostraciones de dolor que casi son para reír.

Pasado este desahogo, le adoran con cuatro postraciones hasta tocar con la frente en el suelo, y queman nueve libras de papel y cuatro onzas, ó tres libras y tres onzas, según las diferentes costumbres de lugares, guardando las cenizas con escrúpulo para entregarlas al cadáver cuando va á ser encerrado en el ataúd (1). Después con un paño empapado en agua le lavan y frotan bien, y lavado y frotado, le peinan y componen la coleta ó cabellera, y le ponen los mejores vestidos que tenía, comprando otros nuevos (hasta siete por lo común), y á veces veinte y treinta, y más si la familia es rica, y así ataviado y compuesto le ponen en el ataúd. El vestido es talar y como el que usaban los antiguos, y hoy los bonzos, pero no tiene botón alguno de cobre ni de otro metal, porque temen oxide y corrompa el cadáver; cintas á modo de charreteras, prendidas con hilo á uno y otro lado, son las que le sostiene. Le ciñen la

(1) Es uso comúnísimo, por todo lo que he visto, valerse de rollos de papel muy flojo, hecho de cañas, para encender la pipa y la lumbre por las mañanas. Queman tan bien, que, una vez prendido, no se apaga hasta concluirse, y soplando de un modo peculiar, que ellos saben, hace llama cuando se quiere.

(1) El papel es un monetario agujereado. Ordinariamente lo queman para pedir riquezas, creyendo por arte de los espíritus á quienes se tributa, sus cenizas han de convertir en tantas monedas de plata cuantos son los agujeros que contiene. En el presente caso es para que sirva de viático al difunto á la eternidad; por eso, bien envueltas las cenizas, las depositan en el ataúd á uno y otro lado del cadáver, ó las meten en un bolso que para esto han abierto en la mortaja.

cintura y los pies con una cuerda que consta de tantos hilos como años cuenta el difunto (1). No le visten camisa corta por temerse que, en volviendo á nacer, sea otra vez cortada la rama de sus años del árbol de la vida antes de ver la longura de días. Un par de pantalones y medias ordinarias, unos zapatos y un gorro que lleva la figura de un gallo sin patas, completan la mortaja. Las mujeres en llegando aquí se igualan con los hombres, descendiendo á la sepultura en traje varonil, con la sola pequeña diferencia de llevar envueltos los pies en una tira de tela por no admitir su forma calzado como el del hombre. El féretro, construído con madera de sabina, es interiormente de siete pies de largo por tres de ancho y cuatro de altura. Las tablas laterales tienen medio pie de espesor; la del suelo y cu-

alma de su querido Mengano de Cual;” se pega en una tablilla y se arrima á la cabecera por la parte exterior. Esta tablilla es otra de las ceremonias que marearon la cabeza de muchos en tiempo de los ritos chinos. La colocan con mucho ruido de platillos y cascabeles, y al colocarla la adoran todos con rodilla en tierra, qaeman incienso, papel, etc.

En este tiempo se invita á un mago que venga á franquear el camino al alma, como dicen, y enseñarle la senda que conduce á otro mundo, porque ella, como ciega y privada de la vista del cuerpo, no puede atinar con el paso (1). Siguese un convite solemne con todas las ceremonias descritas y otras propias del caso. Cada convidado se ciñe la cabeza y oídos con tres ó cuatro ó más varas de lienzo de cáñamo crudo, donado por la fa-



COSTA DE ORO.—Vista de Elmina. (Pág. 131)

bierta, un pie próximamente. Las junturas, ya de suyo bien unidas por la mano del artífice, se dan de betún y argamasa, de manera que ni una ráfaga de viento puede penetrar por ellas; se da además de barniz negro ó encarnado una, dos ó tres veces, según el gusto. Dentro se pone una carga de cal viva, para impedir la corrupción del cadáver, con una camada de papel, chapeas, dos colchonetas, almohada y una ó dos escudillas para que el difunto tenga en que comer. La caja así dispuesta y colocada sobre una mesa, se escribe en una cuartilla de papel encarnado un letrero que dice: «El inconsolable Fulano de Tal, al asiento (ó trono) del

milia del difunto, y los parientes cercanos se le prenden al gorro dejando caer las dos puntas hasta la tierra; las mujeres se cubren con él el rostro, echando adelante los dos cabos por los pechos abajo á manera de mantilla. Se sirve al difunto plato en mesa separada, y cuando está el servicio dispuesto le llaman por su nombre, como solían llamarle en vida, y le invitan á comer, con postración antes y después, y dejándole allí el manjar por algunos momentos, se retiran y entre los vivos se lo comen. La misma ceremonia repiten cada hora de comer muchos días consecutivos á la muerte. Después de dos ó tres días de llantos y ceremonias y convites, se invita á otro hechicero para que tome el pulso á la

(1) De aquí trae su origen la supersticiosa cuanto ridícula ceremonia de herir el aire entre los pies del niño cuando suelta á andar, para cortar la invisible cuerda con que se cree nace ligado.

(1) Creen que hasta que el mago venga y le muestre la senda, ella mora todavía en la propia casa, porque, como no ve, no acierta á salir.

tierra, y explore y diga dónde conviene enterrarle. Este hechicero, valiéndose de mil artes y supercherías, les hace creer que la preferencia de un lugar á otro para sepultura influye en el destino de toda una familia; y así, al señalarles el lugar predilecto, les promete riquezas, dignidades y hombres. Y son tan ciegos, que el punto que señale, á tuerto y á derecho, aunque les cueste los ojos de la cara, le compran, haciendo mil sacrificios, y á veces acabando en una hora con su pingüe capital, sin considerar los necios que éstas no son sino trapacerías del mago burlón para enriquecerse á sí y al comprador á costa del bien ajeno. Ocasiones hay en que el ataúd, herméticamente cerrado, yace en casa muchos días y aun meses, esperando día fausto, conforme la predicción del mismo agorero.

FUNERALES.—Ya determinado el día del entierro, viene el mago que abrió el paso al alma para que acompañe al cadáver, eche sus responsos é interponga sus ruegos ante el príncipe del infierno, suplicándole se muestre benigno con aquella alma y le conceda riquezas y ventura en aquellos antros tenebrosos donde él ejerce su poderío, y le permita pronto volver á este mundo. En medio de repetidos lamentos y del ruido atronador de la música sale el féretro en hombros de ocho ó más personas, precedido del pariente más cercano, que lleva suspendida al cuello la tablilla honoraria (1), con todos los demás consanguíneos y amigos, y seguido del mago que, adornado con la capa de Buda, va sacudiendo los platillos y cantando el gorigori (2). Llegan al lugar destinado para sepultura, y en una hoya cavernosa fabricada de tierra, ladrillo ó de piedra muy bruñida, y exorcizada por el mago, depositan aquella grande mole, poniendo por entrada al sepulcro una lápida enhiesta con un largo epitafio esculpido en ella, en que se narran todas las cosas memorables que hizo y obró en vida el que tras la losa yace. Mientras los sepultureros ejercen su oficio, el mago echa sus coplas y cántigas, y queman papel en honor del muerto; otro que hace de plañidera hiere los aires con sus sentidos lamentos; las parientes la acompañan en el llanto, y se dan de cabezadas y se espeluznan como energúmenos, y todos finalmente, se arrodillan y adoran la yerta estatua oculta tras un montón de tierra que le han levantado por monumento.

Vueltos de la pompa fúnebre, el mago entra delante en casa del finado á conjurar los demonios, que se considera han tomado posesión de la vivienda; quema cohetes por todos los ángulos y rincones y escondrijos, llenando la casa de olor de pólvora, y entonces entra el cortejo de parientes y amigos. El de la tablilla se acerca al altar de las cinco letras y la pone recostada detrás del tiesto de incienso, y encendiendo las dos candelas la adora con muchas genuflexiones, que á su imitación

todos repiten. Pone en el tiesto tres varillas humeando, y concluye con las demás ceremonias y genuflexiones de machote. El mago empieza en tono solemne sus noventa y nueve cantos mágicos para sosegar los lares y pedir al rey del infierno desate pronto la larga cadena de noventa y nueve nudos, con que se cree anudada y prisionera el alma al partir de este mundo, y le conceda pronto llegar á su presencia. Se obsequia á los concurrentes con otro nuevo convite como al principio, y se despide el cortejo. Luego cada séptimo día de las primeras siete semanas consecutivas á la muerte, la familia, arrodillada delante de la tablilla, repite la ceremonia de quemar papel, etc., y lo propio hace dos veces al año, es decir, por año nuevo sínico y el 5 de Abril, ó sea el décimoquinto día después del equinoccio de Marzo.

LUTO.—El luto que guardan por los parientes se extiende á tres años incoados; pero ordinariamente se guarda sólo por los ascendientes de línea paterna, por los de la línea materna, así como por los hijos y hermanos. Aunque en los libros se encuentra mucho escrito, y quizá se ha observado en la antigüedad, hoy apenas queda otra cosa sino el recuerdo.

Se manifiesta este luto especialmente por el vestido y calzado. Desde el día que alguno muere, le mudan, y sino le tienen le compran ó le piden prestado entre tanto lo hacen nuevo. La cabeza la ciñen, como hemos ya dicho, con basta tela blanca de crudo cáñamo si se halla, y si no con tela de algodón del mismo género. Mudan de encarnado en blanco el botón que traen en el gorro, se despojan de todas las vestiduras y ornatos exteriores de seda, trocándolos por los de tosco tejido de estopa deshilados y sin repulgo alguno por las orillas; cambian la trenza que traen en la extremidad de la coleta, usándola de esparto los tres días que siguen á la muerte, y después los tres años de hilo de la misma materia que el vestido; calzan zapatos con empeña hecha de áspera tela blanca; no aparece, en fin, de alto abajo en su adorno y vestido, ni una flor real ó pintada todo el tiempo que el luto dura. Pero esta clase de luto, decíamos, se guarda sólo por el marido, por los padres y abuelos paternos, por los hermanos y primos del marido y toda su línea masculina hasta la quinta generación. El marido por la mujer, ni los parientes de ella, los padres por los hijos, etc., apenas hacen demostración alguna de dolor fuera del día en que finan.

Acabado el tiempo del luto, viene otra vez el mago y la música; se sacan los mejores vestidos á la sala y se dejan preparados sobre una mesa; encienden las velas y disponen lo demás necesario para dar culto y adorar por última vez la famosa tablilla que por espacio de tres años continuados ha sido numerada entre los dioses y recibido los honores de tal. El mago entona otra vez el gorigori, y el que la llevó á la sepultura y la volvió á traer la baja del altar, y seguido del mago y toda la corte, sale con ella en procesión puertas afuera, y en lugar solitario, con mucho ruido y algazara de la gente, le hace las últimas honras quemándola y echando al viento sus cenizas. Entran otra vez en casa, y mudándose el vestido, se ponen de pascua y se sientan á la mesa, despidiéndose con otro nuevo banquete.

(1) El que lleva la tablilla siempre es inferior al finado. Así el primer hijo la lleva por sus padres, el hermano menor por el mayor, la mujer por su marido si éste no deja hijos, y así sucesivamente; pero el padre por los hijos, la hermana por sus hermanos, el marido por su mujer, nunca la llevan.

(2) Los que quieren ostentar mayor lujo, en vez del mago invitan al mayoral de los bonzos con todo su rebaño.

CRÓNICA

China.—En Agosto de 1895 el cólera morbo asiático hacía grandes estragos en el establecimiento que en Shang-Hai (China) tienen las Religiosas Auxiliadoras del Purgatorio, muchas de las cuales sucumbieron en pocos días a la terrible plaga.

La Madre Superiora, viendo que la muerte arrebatada sus mejores auxiliares, tan necesarias para el cuidado y educación de las 600 niñas que tenía á su cargo, recurrió á la Santísima Virgen, ofreciéndole, si cesaba la epidemia, enviar al Santuario de Lourdes un estandarte bordado por las mismas educandas.

La Madre de Dios oyó sus súplicas, pues desde aquel día las Religiosas que se hallaban atacadas, fueron mejorando y recobraron la salud, sin que se registrara después ninguna nueva invasión.

En cumplimiento de la promesa, la Superiora del convento ha enviado á la Basílica de Lourdes el estandarte bordado, que lleva en uno de sus lados la casa de las Religiosas, y en el otro una inscripción en caracteres chinos, referente al favor obtenido.

Congo belga.—La Misión de San José de Luluaburgo, á cargo de los Padres de la Congregación del Corazón Inmaculado de María de Scheut-lez-Bruxelles, está instalada en la estación de Luluaburgo, que fundó en 1885 el subteniente Wisman en la orilla izquierda del Lulua, afluente del río Kassai. Los misioneros belgas han establecido una de las principales Misiones congoleñas en esta localidad, llamada á ser en el porvenir un centro de población y de comercio de la mayor importancia. El grabado de la página 129 da una vista de aquella Misión y sus edificios.

Canadá.—En la página 125 damos exacta reproducción de una hermosa fotografía de la Casa-Noviciado que los Hermanos Maristas tienen en el Canadá.

Este distrito de América está visiblemente bendecido por la mano de Dios.

Fué fundado en 1885 accediendo á la petición del Ilmo. Moreau, obispo de San Jacinto, y con efecto se embarcaron de el Havre el 15 de Agosto seis Hermanos, quienes abrieron un colegio en San Atanasio de Iverville.

A partir de este momento tomó gran incremento el distrito en aquella tierra, y continúa prosperando.

Fundáronse luego otros colegios en las diócesis de Montreal, San Jacinto, Quebec y Vallyfield, en Canadá. En los Estados Unidos existen asimismo algunos en las diócesis de Nueva York, Bostón y Manchester.

No deja de tener dicho distrito su noviciado, y muchos son los miembros que de él se reclutan. Llegan á unos cien los canadienses que han revestido el hábito religioso, y de ellos algunos son ya profesores.

El Noviciado ó Casa Provincial está en San Jacinto con unos treinta novicios, y Juniorato en San Atanasio de Iverville con unos cuarenta juniore.

He aquí ahora un extracto de la estadística general del Instituto de los Hermanitos de María referente á la América del Norte presentado al Padre Santo en Noviembre de 1896:

En el Canadá.—San Jacinto: 8 colegios, 29 clases, 54 profesores y 815 alumnos. Montreal: 2 colegios, 15 clases, 20 profesores y 680 alumnos. Quebec: 4 colegios, 11 clases, 14 profesores y 530 alumnos. Valleyfield: 1 colegio, 3 clases, 5 profesores y 105 alumnos.

En los Estados Unidos.—Bostón: 2 colegios, 23 clases, 27 profesores y 1,900 alumnos. Manchester: 1 colegio, 6 clases, 8 profesores y 520 alumnos. Nueva-York: 2 colegios, 11 clases, 13 profesores y 350 alumnos.

Davao (Filipinas).—El R. P. Mateo Gisbert, S. J., escribe al reverendo Padre Superior de la Misión:

«Ayer llegué de mi última excursión, en la cual he estado treinta y cuatro días, recorriendo todas las Reducciones de la costa hasta Malálag, haciendo el cumplimiento pascual en los pun-

tos en donde aún no habían podido verificarlo. En esta ocasión he hecho 76 bautizos y 23 casamientos. En Bulutacan y Padada han levantado iglesia: en Tagapan (tierra de guiangas) la están levantando ahora. El P. Llopart va mejorando. Hoy que celebra sus días no pudiendo aún decir Misa, ha bajado á la iglesia á comulgar. Como no es prudente que por ahora vuelva á su Misión de Sigáboy, después de San Pedro, fiesta principal de esta Cabecera, irá allá el P. Vallés ó yo para hacer el cumplimiento pascual en donde no se haya hecho, y sobre todo para visitar al H. Paláu, que está solo hace algún tiempo.

«El Diccionario español-bagobo, á pesar de mis desvelos y afanes por mandarlo cuanto antes á V. R., no he podido enviarlo hasta este correo, que lo mando á manos del capitán del vapor *Brutus*. Corregido y repasado por mí con detención, determiné hacerlo copiar por el maestro Teodoro, cuyo trabajo le costó unos veinte días. De los dos libros en blanco que tenía, el uno, que es como el borrador, queda aquí, y el otro copiado y limpio va á ésa. De manera que si V. R. tiene interés en que haga ahora el Diccionario bagobo-español será conveniente que me mande otro libro rayado *ad hoc*, por haber empleado ya el que se mandó antes. También podría ir haciendo en guiangas y bilan, que son dos lenguas tan diferentes del bisaya ó más aún que el bagobo. Vuestra R. disponga. Es necesario que cuanto antes vaya á Nuin, en donde se está haciendo iglesia por los naturales de aquel punto, manobos bilanes, bajo la dirección del teniente y algún otro bisaya de los pocos que hay allí. Espero ir en la lancha del Sr. Matute. Me tienen pedida para aquella iglesia una imagen de Nuestra Señora del Carmen. Si tuvieran ahí alguna, sería causa de grande alegría. En Nuin cuando vaya el Padre habrá más de cien bautizos y muchos casamientos. A Lais irá, Dios mediante, á principios de Octubre, que ya tendrán levantado el camarín, que ha de ser iglesia.»

Oceania.—La Santa Sede ha confiado á los Padres Maristas la evangelización de los habitantes de las islas Salomón, no sólo paganos, sino también caníbales.

Próximos á partir para aquellas apartadas regiones cinco misioneros, no estará de más recordar la acogida que tuvieron las dos Misiones que en 1845 y 1852 arribaron á estas islas con el fin á que se encaminan las órdenes pontificias. Respecto de la primera, su jefe, el Ilmo. Epalle, vicario apostólico, fué muerto apenas desembarcado; otros cuatro sacerdotes fueron, no sólo asesinados, sino descuartizados y comidos por los salvajes; dos más tuvieron igual fin á los pocos días, con la particularidad de que uno de ellos, muy flaco, fué engordado antes de servir de alimento á los caníbales. Los que pudieron escapar de la persecución de los terribles insulares, fallecieron todos víctimas de fiebres y otras enfermedades.

La expedición de 1852 tuvo también un mártir, el P. Mazzuconi, cuya muerte decidió al Superior del Instituto á llamar á los restantes misioneros, con objeto de evitar que sufrieran la misma suerte que su compañero.

Una pregunta: ¿ha habido, hay ó habrá en el antiguo ó en el nuevo continente un librepensador capaz, ante tan terribles perspectivas, de emprender un viaje á las islas Salomón para civilizar á los indígenas como lo hacen los celosos Padres Maristas?

Noticias varias.—El Ilmo. Sogaro, encargado de la fundación del gran Seminario copto, ha dado cuenta á Su Santidad de la benevolencia con que han acogido este proyecto así los egipcios como los ingleses, dueños de hecho del país, hasta el punto de haber cedido gratis el solar del edificio.

—El obispo y misionero católico Ilmo. Chause, de acuerdo con M. Versin, están ensayando con éxito muy satisfactorio la inoculación como medio preservativo y aun curativo de la peste bubónica. Las experiencias se hicieron en Hong-Kong, y habiéndose propagado rápidamente esta noticia, se continuarán conforme á las indicaciones del citado misionero y obispo, confirmadas por la experiencia en la India y en otras regiones últimamente invadidas.

—Según la Memoria presentada por el Ilmo. Hornstein á la Sagrada Congregación de Propaganda, el número de católicos de

rito latino para los cuales instituye León XIII el arzobispado de Bucarest, en Rumanía, asciende á 50,000, con 18 parroquias ó Misiones, 15 iglesias y 7 capillas, siendo 34 los misioneros de diferentes nacionalidades que allí se dedican al apostolado, más 16 sacerdotes pensionistas. Hay además tres conventos de Religiosas inglesas de la Congregación de la Cruz, con 130 Hermanas que se dedican á la educación de niñas, 22 escuelas de niños y 2 Seminarios.

—El nuevo vicario apostólico de Benín, Ilmo. Pellet, que reside en la colonia inglesa de Lagos, ha concebido el proyecto de formar un clero indígena para el Africa Occidental, fundando un Seminario en Topo, localidad de la misma colonia. Varios de aquellos jóvenes han estado por bastante tiempo estudiando para el sacerdocio, y el Ilmo. Pellet cree que algunos de ellos tienen verdadera vocación. El clima del país, tan fatal para los extranjeros; la dificultad de aprender bien el lenguaje y adaptarse á las costumbres de aquella gente, y otras razones por el estilo, han sugerido al ilustrísimo señor la idea de formar un clero indígena, para lo cual solicita el óbolo de la caridad de los fieles que anhelan de veras la gloria de Dios.

—Se habla en el Vaticano de que dentro de poco se erigirá una segunda Sede metropolitana en Inglaterra, y al efecto, una de las diócesis del Norte será convertida en arzobispado.

El motivo de esta erección parece ser aligerar el trabajo del Cardenal Vaughan, arzobispo de Westminster, cuya archidiócesis cuenta con catorce obispados sufragáneos, alguno de los cuales está situado á cientos de millas de distancia de la residencia de aquel Prelado.

—Según noticias recibidas en Roma, se ha celebrado en Constantinopla, en el barrio de Stambul, con asistencia del delegado apostólico monseñor Bonetti, la consagración de la primera iglesia del rito greco oriental ó greco-unido. Hasta el presente los griegos católicos no contaban en la capital de Turquía con iglesia propia para la celebración de las ceremonias del culto católico, según su rito, y se veían obligados á cumplir con sus deberes religiosos en iglesias latinas.

VARIEDADES

EL EXVOTO DE UN MISIONERO

DESPUÉS de más de treinta años de heroico apostolado en el vicariato apostólico de Tahití, el reverendo P. Ricardo Lemoing, misionero de los Sagrados Corazones de Jesús y de María, regresó á Europa para dedicar los últimos días de su existencia á la formación de jóvenes, llamados á sustituirle en tan hermoso apostolado.

El celoso misionero llegó á la casa matriz de su Congregación el 7 de Julio de 1895 con un objeto de grande estima, grato recuerdo de un hecho prodigioso, que quería depositar á los pies de Nuestra Señora del Amparo, diócesis de Bayeux. Era éste un hermoso corazón de nácar, cuyo engaste aparecía deslustrado por el agua del mar.

El respetable misionero refirió á otro Padre de su Instituto, que en la noche del 5 al 6 de Febrero de 1878 desencadenóse un espantoso ciclón sobre las islas Bajas ó Tuamotu y de un modo particular sobre la isla Rairoa, donde él habitaba hacia cerca de siete años.

Soplaba el viento con furia, la lluvia caía á torrentes, crujían los árboles, el mar se encrespaba y á cada instante lanzaba á la tierra enormes oleadas, que levantándose cual amenazadoras montañas sobre el humilde

pueblo de Tiponta, llenaban de terror á sus inermes habitantes, pues se halla la isla casi al nivel del mar.

Temiendo el P. Ricardo las consecuencias de tan deshecha tempestad, apresuróse á celebrar el Santo Sacrificio al rayar el alba, y apenas había terminado cuando fuertes clamores le hicieron salir de la iglesia, hiriendo entonces su vista el cuadro más desgarrador. El mar corría ya desbordado por las calles del pueblo; numerosas familias cercadas en sus casitas de madera pedían socorro; huían unos presurosos llevándose lo que poseían de algún valor; algunos, los brazos en cruz y arrodillados en el fango, imploraban del cielo misericordia, y otros se dirigían al misionero diciendo:

—Padre, llegó el fin del mundo: todos vamos á perecer.

Comprende el P. Ricardo la necesidad de adoptar medidas urgentes: aconseja en consecuencia á sus neófitos que huyan al lugar más elevado de la isla, sin acercarse á los cocoteros, para evitar que éstos al caer les aplastasen, y vuelve en seguida á la iglesia con objeto de poner en lugar seguro las Sagradas Formas.

Quedaban cinco en un copón: después de envolverle en un corporal, un paño de altar y una alba, lo deposita respetuosamente en un cofrecito de madera, y lo lleva á la casa de Román Teanau, por hallarse menos expuesta que la capilla. Coloca sobre una alta mesa el humilde sagrario, lo cubre con un mantel de altar, y después de hacer una respetuosa genuflexión, vuelve á la iglesia, ya batida por las ondas.

Deseaba ardientemente el misionero salvar una hermosa estatua de Nuestra Señora del Amparo, pero los muros de la capilla comenzaban ya á crujir; no pudiendo detenerse más, saltó sobre el altar, cogió el corazón de nácar, suspendido del cuello de la Virgen, y encerrólo en el Sagrario, diciendo:

—¡Oh Virgen de la Paz, dignaos aplacar la cólera de vuestro Divino Hijo! ¡Corazón misericordioso, proteggednos!

Y se lanzó fuera de la iglesia gritando:

—¡Sálvese quien pueda!

Derribóle de pronto el viento, y al levantarse le faltaba ya parte de la sotana; perdió después zapatos y medias, viéndose obligado á seguir de este modo con agua hasta las rodillas y á menudo hasta los hombros. Acompañábanle los dos niños de coro, que nadaban á su lado, luchando contra la violencia de las olas que reventaban oblicuamente sobre ellos.

Llegado al lugar á donde había citado á sus neófitos, encontróles en número de cuatrocientos, sin abrigo, ni alimento, casi sin vestido y sufriendo un horroroso turbión, transidos de frío y lamentándose amargamente.

—Cesen ya las lágrimas, les dijo el P. Ricardo: lo que nos sucede, Dios lo permite, y Dios es bueno. Si nos prueba, por nuestro bien lo hace: sometámonos, y al mismo tiempo pidamos á Nuestra Señora del Amparo que se apiade de nosotros. Confianza, que María nunca abandona á sus hijos.

Rezaron luego varias oraciones, acompañadas de frecuentes jaculatorias á Nuestra Señora del Amparo, y se reunieron por familias, acercándose unos á otros para no perecer de frío.

También el misionero buscó abrigo en un sitio donde sólo había uno ó dos pies de agua, y mientras los indígenas seguían lamentándose, oyóse un prolongado crujido, semejante á un trueno, acompañado de un temblor de tierra. Temió el buen misionero por la suerte de su iglesia, de su hermoso pueblo y sobre todo de la morada de Teanau, donde había depositado las Sagradas Formas. Reconoció entonces que en vez de llevar el copón á la vivienda de Teanau, más sencillo y prudente hubiera sido consumir las Sagradas Formas, pero ante un ciclón los más serenos pierden la presencia de ánimo, como dijo al Padre de su Congregación, á quien refería esta historia.

Parecióle la tarde un siglo, y se afligía ante la idea de no haber obrado por la mañana con la debida prudencia; pero imploraba sin cesar el auxilio de Nuestra Señora del Amparo, y, confortado con la oración, no perdió por completo la esperanza.

Hacia la media noche, que fué horrorosa, comenzó á calmar el viento, cesó la lluvia y las aguas fueron retirándose lentamente, lo cual permitió al Padre reunir á sus neófitos á las tres de la madrugada para la oración en común.

Apenas brillaron los primeros resplandores de la aurora, arriesgóse el misionero á indagar el paradero de su cofre, presentándose á sus ojos la más espantosa desolación al llegar al sitio antes ocupado por el pueblo. Todo había desaparecido; la configuración del terreno había cambiado; sólo se descubrían montones de ruínas, cocoteros derribados y pedazos de coral arrastrados por las aguas. ¡Ni una sola casa en pie! ¡No subsistían ni los cimientos!

Anduvo algún tiempo sin rumbo fijo, hasta que encontró un pozo, que sirvió para orientarle hacia la morada de Teanau. También ésta había desaparecido, lo que le apenó sobremanera. Adelantóse, sin embargo, hacia un montón de ruínas, de nueve á diez metros de altura, formado por gran cantidad de piedras, tablas, restos de techumbres, quillas y otros objetos, despojos de la tempestad, que el mar había reunido, y divisó en su cima el cofrecito, colocado allí como por mano de Angeles. Abriólo, y no es para descrita su sorpresa al cerciorarse de que no habían sufrido el menor daño el mantel, el alba y el corporal. Luego cerró el cofre, extendió el mantel y el corporal sobre aquel altar improvisado, y de rodillas y temblando abrió el sagrado copón. Al ver las cinco Hostias, todavía intactas, derramó dulces lágrimas de gratitud, y después de repetidos actos de adoración y amor, comulgóse el piadoso misionero con las Sagradas Formas, tan maravillosamente conservadas, y envolviendo otra vez el copón, lo colocó en el cofre. No terminaron aquí las maravillas.

Al descender, el primer objeto que descubrió fué el Sagrario de la capilla, cual centinela al pie del montón de ruínas, y, cosa digna de notarse, aquel sagrario, de estilo gótico y de construcción y proporciones delicadas, nada absolutamente había sufrido, cuando la iglesia y todo lo demás había perecido. Aún más: el corazón, que llevaba Nuestra Señora del Amparo, y que él había encerrado en el Sagrario, no había sufrido más avería que la pérdida de su primitivo brillo.

Estos repetidos prodigios sirvieron de consuelo á sus afligidos neófitos, quienes quisieron ver y tocar el sagrario y los paños intactos, que envolvían el sagrado copón, y llenos de admiración exclamaron:

—¡Milagro! ¡Milagro! ¡oh, y qué buena es María con sus hijos!

Afirmóse la fe de los neófitos en la Sagrada Eucaristía y se aumentó su confianza en la Madre de Dios, sobre todo cuando algunos días después supieron con sorpresa que ciento diecisiete mormones, de la vecina isla de Kaukura, habían perecido el 6 de Febrero, á la misma hora en que el P. Ricardo, después de trasladar el sagrado copón á la morada de Teanau, puso á todos los neófitos bajo la protección de la Reina de los Angeles.

Al dejar su querida isla para regresar á Europa, quiso el anciano misionero traer consigo el hermoso corazón de nácar, grato recuerdo de la protección de María, dejando á sus neófitos el copón referido. Entregó el cofre á una familia muy cristiana de Tiponta y el sagrario gótico lo ofreció, como reliquia, á los habitantes de la isla Apatuki.

También el Padre conserva un precioso recuerdo de aquellos sucesos, un cáliz, que habiendo desaparecido entre las ruínas, no fué hallado sino después de largo tiempo y á tres pies de profundidad, cuando se echaban los cimientos de la nueva iglesia de Tiponta. Ni el vaso sagrado, ni la patena, que con él apareció, habían sufrido lo más mínimo, hallándose cubiertos y resguardados providencialmente por un gran vaso de cristal.

Tanto el cáliz como la patena, después de haber sido sobredorados en París, se conservan en la casa fundada por la Congregación de los Sagrados Corazones en Miranda de Ebro, donde reside el R. P. Ricardo, descansando de una vida dedicada á las heroicas tareas del apostolado, y siendo, por lo menos en espíritu, misionero hasta la muerte.

NECROLOGÍA

ILMO. ESTEBAN SÁNCHEZ DE LAS HERAS

de la Orden de Santo Domingo, obispo titular de Zarai, vicario apostólico de Amoy (China)

Nació en Tudela de Navarra el 3 de Agosto de 1851, y tomó el hábito de Santo Domingo en el convento de Ocaña el 13 de Septiembre de 1868. Ordenado de presbítero, partió para la Misión de Fo-Kien (China), donde durante dieciséis años se dedicó al servicio de las almas. Nombrado vicario provincial de Fo-Kien Norte, se instaló en Fu-cheu, en el centro mismo de su vicariato.

Este ilustre Prelado, que con tanto celo trabajó por la conversión de los infieles, pasó á mejor vida en Amoy el 21 de Junio de 1896, á la edad de cuarenta y cinco años. Había recibido la consagración episcopal el 12 de Mayo de 1895.

SUBSCRIPCION

EN FAVOR DE LA OBRA DE LA PROPAGACIÓN DE LA FE

Para las Misiones más necesitadas

F. F. y C. 50 pesetas.

(Se continuará).

TIPOGRAFÍA CATÓLICA, Pino, 5, Barcelona